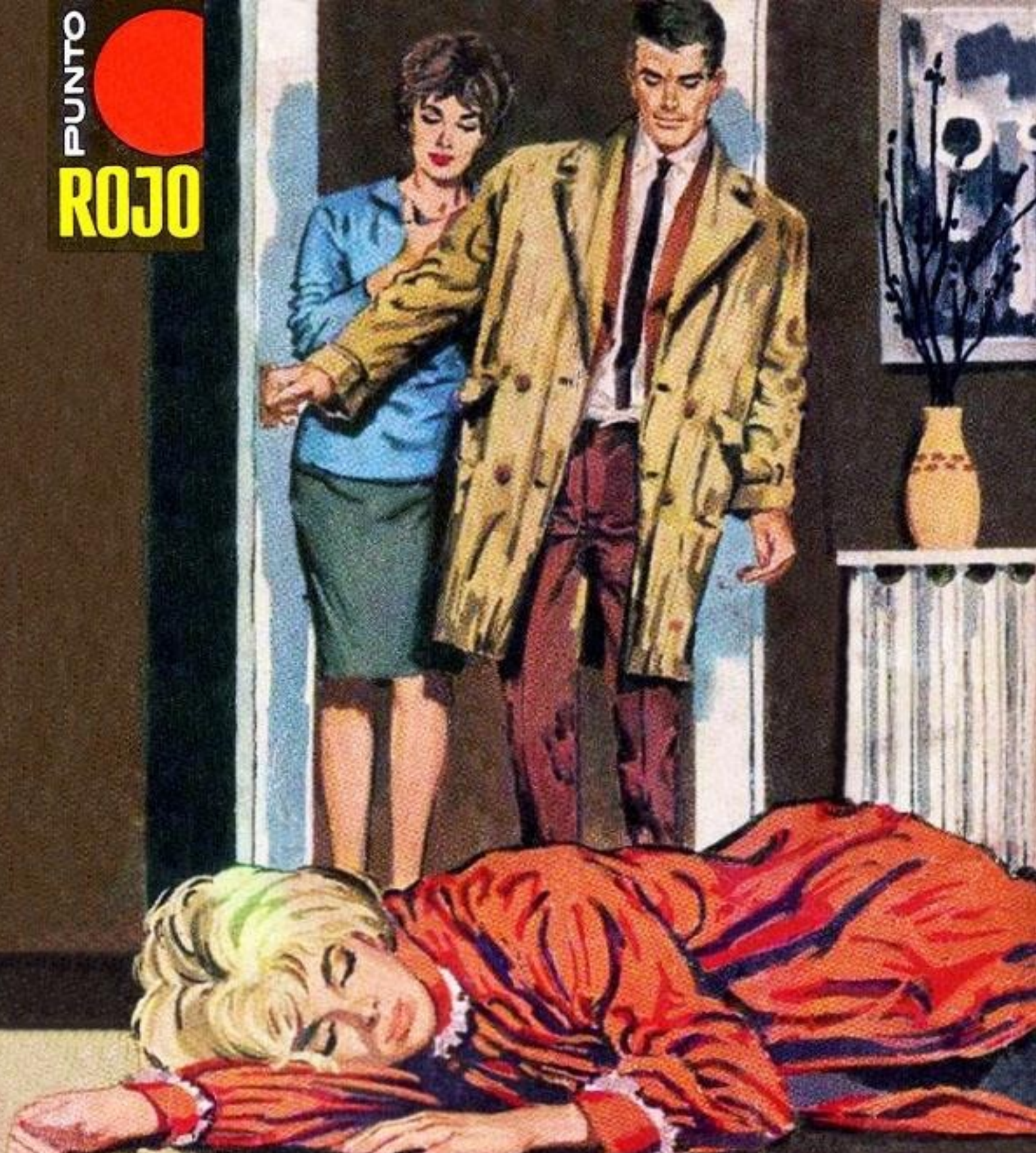


PUNTO
ROJO



EL AIRE TIENE HUELGA

lou c

Lectulandia

La ventana estaba abierta.

Y eso fue el primer punto extraño. Más que extraño, alarmante. Tía Carolina jamás dormía con la ventana abierta; se resfriaba con inusitada facilidad.

A partir de entonces, comencé a tener la certidumbre de que, efectivamente, tía Carolina había muerto. Bueno, creo que esto está malísimamente expresado. Haber muerto significa que uno se ha muerto sin la intervención de nadie.

Con tía Carolina no había sucedido así. No se había muerto, sino que la habían asesinado.

Lectulandia

Lou Carrigan

El aire tiene huellas

Bolsilibros: Punto Rojo - 2

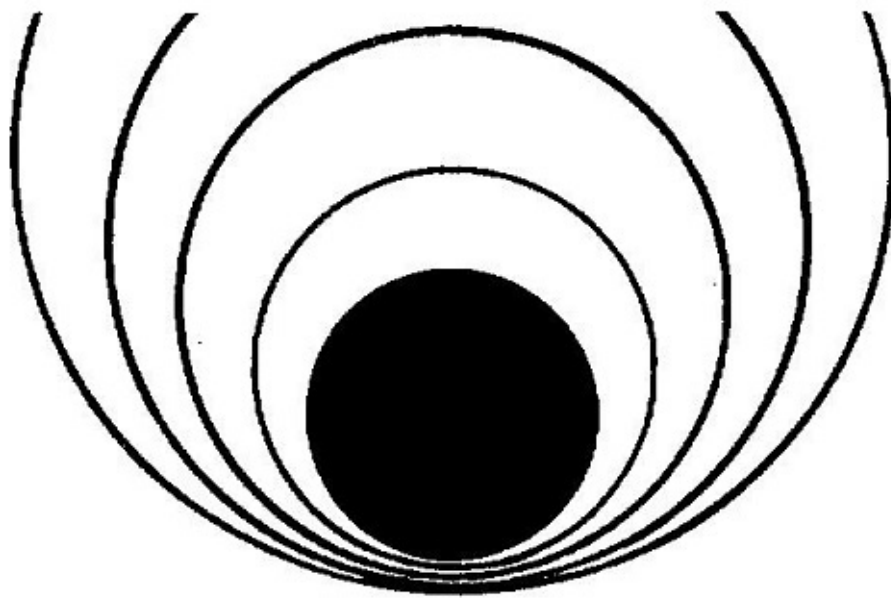
ePub r1.1

xico_weno 15.09.15

Título original: *El aire tiene huellas*
Lou Carrigan, 1962

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PUNTO ROJO

PRÓLOGO

TÍA CAROLINA

Mi tía se llama Carolina.

Es una señora gruesa, de blancas carnes relucientes por la buena vida y el ocio. Demasiada buena vida y demasiado ocio. Los médicos se lo advirtieron más de una vez, pero ella no hizo caso. Decía que los médicos existen únicamente para que los enfermos o presuntos enfermos hagan lo diametralmente opuesto a sus prescripciones; y que hacerlo así era la única forma de salvar la vida.

Yo no soy de su opinión.

Y ella tuvo que cambiar la suya. Tuvo que hacerlo cuando, un día, sin más aviso ni preámbulo, le falló la pierna izquierda y cayó al suelo.

Cuando abrió los ojos de una forma consciente, el médico estaba allí. No había reproche en su mirada, sino pena. Y lo sé porque yo también estaba.

Había motivos para sentir pena. Tía Carolina había sido siempre una mujer fuerte, exuberante, pujante. Su aspecto, pese a sus sesenta y cinco años era ciertamente agradable...

No. Ya no.

Tía Carolina estaba en la cama, bien tapada, y envuelto su cuerpo con una simple camisa de dormir.

—¿Cómo estás, tía? —pregunté.

Ella quiso hablar, pero de su torcida boca no salió ningún sonido inteligible.

El doctor Shepard movió negativamente la cabeza.

—Tardará en hablar —me dijo—. Mejor dicho, tardará en hacerse entender.

—¿Y lo demás?

—¿Se refiere a la pierna y el brazo?

—Claro.

—No doy un centavo por cada paso que dé su tía de aquí en adelante, muchacho. En cuanto al brazo, casi sería mejor que se le hubiese amputado, pues no le servirá más que de molestia.

—¿Tendrá que quedarse para siempre en la cama?

—Ése siempre —musitó—, no será mucho.

—¿Quiere decir que morirá?

—Quiero decir —puntualizó— que la mayoría de las veces la parálisis se repite. Y en esa segunda vez, casi siempre sobreviene la muerte. Bien, esto es todo cuanto puedo hacer por hoy. Sólo nos queda esperar. Hasta otra, Conan.

—Adiós, doctor.

Cuando oí cerrarse la puerta, dirigí mi mirada hacia tía Carolina.

La verdad, sinceramente, aunque yo era el único heredero de su estupenda fortuna, me daba pena.

* * *

Ustedes se preguntarán qué diablos les importa mi tía Carolina, ¿no es cierto?

Yo creo que sí, porque tía Carolina, obstinada y tenaz, sobrevivió al ataque de parálisis. Recuperó el habla y su aguda perspicacia... y, lo que es peor, su tacañería para conmigo.

Sólo tenía una manía verdaderamente molesta, en realidad. Había insistido en continuar durmiendo en el piso alto, en la habitación que durante tantos años compartiera con el paciente y amable tío Errol. Y así, cada noche, había que subirla entre dos de los componentes de la servidumbre.

A tía Carolina, aunque jamás lo confesó, le gustaba que la subiese yo solo, en brazos. Pero no aparecer por allí todas las noches era la única venganza que yo podía paladear contra su tacañería y despotismo.

Seré sincero: yo quería de verdad, a tía Carolina.

Por cierto..., ¿ustedes creen en la telepatía? Me refiero a esa telepatía consciente, profesional, casi diariamente aplicada. Ya sé que a veces, un sexto sentido nuestro percibe algo. Eso es cierto, pues todos lo hemos comprobado.

Pero ¿puede ser verdad que un tipo esté pensando algo, y reciba una llamada telefónica en la que se le diga que lo que él estaba deseando con el pensamiento ha sido llevado a cabo ya?

Me temo que estoy embarullando las cosas.

Será mucho mejor que empiece desde el principio, y así sabrán por qué tiene importancia mi tía Carolina y por qué todavía continúo preguntándome yo si la telepatía existe realmente o es un espectacularísimo truco... que no siempre resulta divertido.

CAPÍTULO PRIMERO

ASESINATO TELEPÁTICO

Sea como fuere, las piernas de Nora eran sensacionales.

—Sólo un poquito, Nora.

—No —dijo por no sé qué vez—. Ocúpate del volante, Conan. Y te diré una cosa: eres el tipo más desvergonzado que se ha cruzado en mi camino.

—Largo camino.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —mentí— que en este largo camino que nos queda por recorrer, podrías mostrarme, aunque sólo fuese un poquito más arriba de las rodillas.

—Eres un pesado y grosero, Conan Stewarts. ¿Por qué supones que voy a consentir en mostrarte mis piernas?

—Bueno, las enseñas a todos, ¿no? —refunfuñé—. ¿Por qué no a mí?

—Puedes venir a mi camerino después de mi actuación...

—Es que... Me da vergüenza...

—¿Te burlas de mí, Conan?

—No, preciosa mía. De veras que me da vergüenza. ¡Soy tan tímido...!

Una vez, cuando tía Carolina aún no se había dado cuenta de la clase de tipo que soy, y todavía vertía el dinero a raudales en mis despilfarradoras manos, entré en el camerino de una corista que, si no recuerdo mal, tenía las piernas más bonitas que Nora. Yo llevaba más de dos mil dólares.

Bueno, aquella chica de mis primeros tiempos de caradura me guiñó el ojo desde el escenario.

—Hola, cariño —me dijo.

Pues bien; cuando desperté, con un enorme dolor de cabeza y un no menos enorme chichón, estaba en una cuneta, desvalijado. Luego supe que hay niñas de esas que van a la ciudad con su amigo. Y siempre cae algún bobo.

Volvamos a la carretera que une Los Angeles con Hollywood.

Nora guardaba un hosco silencio.

Animado por su pasividad, hice una de esas cosas que dan personalidad a un hombre: dejé el volante a su libre albedrío, y mi mano izquierda, más libre que el volante recién abandonado, cogió el borde de la falda de Nora, tirando hacia arriba.

No tuve tiempo de extasiarme, porque Nora gritó agudamente.

Me volví hacia el volante, y lo cogí a tiempo de evitar el choque con el rojo «Chrysler» que iba por su mano. Pero detrás del «Chrysler» llegaba un enorme camión de esos que llevan naranjas de un lado a otro.

Para evitar ser aplastado, sólo pude hacer una cosa: salirme de la carretera. Mi cacharro brincó sobre la cuneta, se ladeó, recuperó en seguida la estabilidad y, a medio frenar —algo debía ir mal—, dirigióse en línea recta hacia un árbol.

No lo pensé demasiado. Abrí la portezuela y, arrastrando a Nora conmigo, salté. Entonces oí el sollozo. Las mujeres siempre resuelven así las situaciones difíciles. —No llores, cariño —consolé estúpidamente—. Estamos vivos, ¿no?

Ella arreció en su llanto.

—¿Estás bien? Veré si te has roto algún hueso...

—¡Apártate! —chilló—. ¡No me toques, canalla...!

—Cálmate —dije—. Hay que tomar las cosas...

Alguien se ofreció:

—Si iban hacia Hollywood puedo llevarles en mi coche. Creo que sería conveniente que los viese un médico.

—¡No! —Chilló Nora—. Yo no voy a ningún sitio con ese..., con ese...

Le agradecí que no terminase la frase.

Nora aceptó el ofrecimiento de aquel hombre que seguramente se había prometido a sí mismo un resto del viaje bastante más distraído, pues Nora no podría ocultar sus piernas en el coche, una vez sentada. Y se fue hacia Hollywood.

También a mí me llevaron pese a que mis piernas, aunque hubiese podido mostrarlas, no debían constituir ninguna agradable distracción.

Llegué a «casa de tía Carolina» más tarde de las diez de la noche.

Perry, el mayordomo, subió a notificarme mi visita. Cuando bajó, comprendí por su expresión que tía Carolina, como otras veces, se negaba a recibirme.

—No digas nada, Perry. No quiere recibirme, ¿eh?

—No, señorito Conan. Dice...

—Déjalo. Volveré por la mañana. En mi apartamento tengo un libro que asegura que pensando en una persona y deseando fervientemente su muerte, al tiempo que se hacen algunas brujerías, se consigue que muera. Creo que esta noche haré brujerías. ¿Qué te ocurre?

Perry había palidecido, y me miraba como a un monstruo.

—No seas cretino —reí—. Puedo esperar todavía muchos años la herencia de tía Carolina; Tú sabes que la quiero de verdad, ¿no?

—Sí, señorito Conan. Pero hablaba de una manera...

—Estoy furioso, eso es todo. ¿Cuándo ha llegado tía Elizabeth?

—Esta mañana. Su señora tía la mandó llamar... —parpadeó—. ¿Cómo sabe que ha llegado?

—Estoy asistiendo a clases nocturnas para detective —sonreí—. La verdad es que fui a echarle un vistazo al coche de tía Carolina y vi en el garaje el de tía Elizabeth. Como siempre, habrá comenzado la entrevista hablando estupendamente mal de mí. Eso me halaga.

—Lo creo, señorito Conan. Creo..., creo que debo decirle que su tía Elizabeth tuvo un accidente de coche.

—¿De veras? ¡No me digas que ha muerto!

—¡Oh, no! Tan sólo se dislocó un brazo. El doctor Gordon estuvo aquí para

atenderla. Aseguró que volvería esta noche.

—¿El doctor? Bueno, tendré que puntualizar acerca de tía Carolina que los honorarios de Shepard los pague tía Elizabeth. ¿No te parece justo?

—No sé...

—Dime, Perry, ¿qué mal viento ha traído por aquí a tía Elizabeth?

—Realmente...

—Vamos, vamos —animé—, sé perfectamente que tú te enteras de todo cuanto ocurre en esta casa. Y no me disgusta. ¿A qué ha venido tía Elizabeth?

—Hablaron..., hablaron algo de los bienes de su señora tía...

—¿De los bienes de tía Carolina? ¿Qué hay que hablar sobre ellos?

—Lo ignoro, señorito Conan.

Quedé meditabundo. De sobras conocía yo los propósitos de tía Carolina en cuanto a sus bienes. Tía Carolina era hermana de mi madre, y se había casado con el simpático tío Errol. Tío Errol fue siempre un tipo estupendo, de esos que comprenden a la juventud. Pero tía Elizabeth, su hermana, no estaba conforme con la condescendencia que siempre mostró para conmigo. Cuando murió tío Errol, dejando todos sus bienes a su esposa —mi tía Carolina—, su hermana Elizabeth protestó. No estoy muy enterado de estas cosas, pero creo que no tenía derecho a semejante protesta. En realidad, creo que lo que sulfuró definitivamente a la antipática hermana del simpático tío Errol fue la certidumbre de que tía Carolina pensaba dejarme a mí los bienes que ella había heredado de su marido.

Aquel día fue cuando más quise y admiré a tía Carolina. Sostuvo que si tía Elizabeth tenía dos hijos, ella tenía un sobrino, y que tan sobrino carnal era yo de ella como Leo y Sylvia de Errol.

Noté que Perry me miraba con curiosidad.

—Está bien —dije—. No voy a molestar esta noche a tía Carolina. Pero volveré mañana. Supongo que no se disgustará demasiado si utilizo su coche.

Perry me acompañó hacia la puerta.

—Perry.

—Diga, señorito Conan.

—¿Continúa tratándote tan despóticamente tía Carolina?

El mayordomo enrojeció.

—No... no le entiendo...

—Ella te trata mal, Perry. Lo sé positivamente. Dime, ¿por qué lo hace?

—No lo sé...

—Pero hace más de diez años que viene sucediendo así. Diez años que yo recuerde, que quizá sean más. ¿Por qué motivo lo hace?

—Le aseguro que lo ignoro, señorito Conan.

—¿También ignoras por qué continúas en esta casa a pesar de eso?

—Yo... Bueno, ya soy algo viejo y...

—Hace diez años no eras tan viejo, Perry. Está bien, no digas nada. Tú debes

tener tus motivos para seguir aquí..., ¿no?

Y antes de que pudiese abrir la boca, sonó el discreto carillón de la puerta.

—Debe ser el doctor Shepard —musitó Perry.

Perry había abierto la puerta y entraron tres personas.

Conocía a dos de ellas: una era el doctor Gordon Shepard; otra, el notario de tía Carolina. Este último se llamaba Charles Trytell, y era un hombre alto y de agradable aspecto, con los aladares discretamente canosos.

La tercera persona no la había visto nunca, y de eso me lamenté. No podía verle las piernas, como hacía pocas horas había ocurrido con Nora Owens, pero si correspondían a lo correctamente visible debían ser increíbles.

No silbé porque estaba en casa de tía Carolina.

El doctor Shepard me presentó. La chica se llamaba Sue Gaskell y era enfermera, además de hermosísima. Ella me miró con curiosidad, y comprendí que le habían hablado de mí, quizá previniéndola contra mis innegables encantos masculinos.

La verdad es que estaba bastante preocupado. Aquel trío no me gustaba en absoluto, y menos a aquellas horas. Cuando en una casa se presentan el médico y el notario es que la cosa va mal, creo yo.

Tras las presentaciones, conseguí apartar mis ojos de los de Sue Gaskell y mirar fijamente a Gordon Shepard.

—¿Y bien, doctor? ¿A qué viene tanto aparato? ¿Le ha ocurrido a tía Carolina algo que yo ignore?

—No, no —dijo sin ninguna seguridad—. Tan sólo... Bueno, en realidad vengo a ver a *mistress* Hampshire...

—¡Oh! —Reí—. Es cierto, es cierto. Creo que se rompió un brazo, ¿no?

—Sólo dislocado. Pero hay que cuidarlo. Me temo que la buena señora pasará más de diez días sin poderlo mover.

—¿Sólo diez días?

Shepard y la enfermerita me miraron hoscamente, pero Trytell, que ya conocía algo de la mutua simpatía que existía entre tía Elizabeth y yo, se limitó a sonreír comprensivamente.

Me dirigí entonces a Trytell.

—¿Y usted? ¿Qué le trae por aquí?

—Espero que su tía me lo explique —dijo—. Me ha mandado llamar con la máxima urgencia.

—Debe ser por algo del testamento —deslicé—. Pero supongo, míster Trytell, que usted no consentirá que me desherede, ¿verdad?

Hubo un gesto general de desagrado. A mí no me gusta la gente que carece de sentido del humor. Una persona debe saber cuándo otro está o no está hablando en serio. Pero consideré innecesario decirles que yo quería de verdad a tía Carolina, pese a su tacañería casi siempre salvada por mis arrumacos, y que deseaba que viviese muchos años, y que me importaban un rábano mexicano su media docena de millones

de dólares.

Me despedí de ellos, lanzando una mirada incendiaria a Sue Gaskell, que me dejó helado con su altiva mirada de desprecio.

La puerta se cerró a mis espaldas.

Veinte minutos después, un taxi me dejaba ante el edificio donde tenía mi apartamento.

* * *

Durante dos horas, me dediqué a poner un poco de orden en el apartamento, bañarme largamente, prepararme unos bocadillos, hacer un par de llamadas telefónicas que confirmaron que aquél era mi día de mala suerte, pues no pude conseguir para aquella noche dos piernas que remplazasen, aunque fuese desventajosamente, las de Nora...

Finalmente, ya bastante fastidiado, me dije que puesto que no tenía sueño, podía leer un rato.

Estuve leyendo un buen rato. El libro se titulaba, como tantos otros, *Auténtica Magia Negra* y estaba escrito por un tal G. S. Masatto, del cual se aseguraba en las solapillas que sabía lo que se traía entre las teclas de la máquina.

Poco a poco, la lectura me fue fastidiando. Era una sarta demasiado larga de embustes y tonterías. Abandoné el libro, y decidido a soportar pacientemente el insomnio, me tumbé en la cama, apagué la luz y cerré los ojos.

Pero no para dormir. Ya he dicho que no tenía sueño. Y se me ocurrió la divertida idea de «matar» a tía Carolina. Durante unos minutos todo mi poder mental estuvo aplicado en ello, de acuerdo con las instrucciones de la *Auténtica Magia Negra*.

Entonces sonó el teléfono.

—Bueno, quizá sea Margot...

De buen humor, me dirigí al aparato; lo descolgué.

—¡Hola! —saludé.

Una voz profunda, metálica, resonante, susurró lentamente:

—Ya está hecho.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es lo que está hecho?

—Lo que deseaba.

—Oiga amigo, déjese de bromas idiotas y...

La voz bajó aún más de tono:

—Carolina Hampshire ha muerto.

Clic.

Pulsé el comunicador.

—¡Oiga, oiga...!

La comunicación estaba cortada, por supuesto. Y mi digestión de los numerosos

bocadillos también.

Encendí la luz del cuarto de baño y me miré en el espejo. No estaba pálido, sino completamente blanco. Las manos comenzaron a temblarme, pero de súbito comprendí que aquello era una tontería.

—No es posible que la haya matado yo... ¡Oh, qué terriblemente idiota soy! ¿Cómo he podido creer...?

No, no creía nada de aquello. Ni siquiera lo que había dicho aquella voz metálica por teléfono.

Pero supongo que ustedes hubiesen hecho lo mismo que yo: vestirme a toda prisa y trasladarme lo más rápidamente a County Hill, dispuesto a ver a tía Carolina, aunque ella se negase a recibirme y, aunque fuesen... las tres y veinte minutos de la madrugada.

CAPÍTULO II

TRAMPA PARA UN INCAUTO

Todavía no sé por qué lo hice. El caso es que no me gustó ver apagadas todas las luces. Pensé que era absurdo que estuviesen apagadas todas las luces en una casa en la que había un cadáver.

Porque diré la verdad: mientras el taxi me llevaba hacia County Hill yo había ido pensando en la posibilidad de que tía Carolina, efectivamente, hubiese muerto. Esto no tenía nada de extraño.

Lo que no me gustaba, ni comprendía, era lo de la llamada telefónica. No me parecía muy correcta la forma de hacerme saber que mi querida tía Carolina había muerto.

Todavía no sé por qué lo hice de aquella manera. El caso es que, en lugar de entrar en casa de tía Carolina, como su heredero, como el futuro dueño de ella, decidí hacerlo de acuerdo a mi personalidad aventurera, inquieta... Esa personalidad que, indefectiblemente, me lleva de un lío a otro.

Así pues, aprovechando el silencio, la oscuridad y la inexistente vigilancia en torno a la mansión recordé que cuando tenía quince años había dado más de un fenomenal susto a tía Carolina apareciendo en su habitación por el lugar más insospechado: la ventana.

Y lo hice.

La ventana estaba abierta.

Y eso fue el primer punto extraño. Más que extraño, alarmante. Tía Carolina jamás dormía con la ventana abierta; se resfriaba con inusitada facilidad.

A partir de entonces, comencé a tener la certidumbre de que, efectivamente, tía Carolina había muerto. Bueno, creo que esto está malísimamente expresado. «Haber muerto» significa que uno se «ha» muerto sin la intervención de nadie.

Con tía Carolina no había sucedido así. No se «había» muerto, sino que la «habían» asesinado.

Tía Carolina estaba en su cama, pero no de un modo normal. Estaba al revés, o sea con los pies en la cabecera y su cabeza en los pies de la cama casi tocando una de las columnillas del dosel.

Una de sus manos colgaba por un lado, y el cuerpo, todavía grande llenaba blancamente, confundándose con las sábanas, un lado de la cama. Lo llenaba trágicamente.

Durante unos segundos creí que yo era el causante de su muerte, tan trastornado estaba. Pero no. No había sido yo. Y no lo había sido por la sencilla razón de que hace falta un enorme poder mental para matar a una persona a distancia, estrangulándola con una tira de cuero.

Miré a mi alrededor. El suelo estaba sembrado de perlas, mostrando mayor

abundancia cerca de su sillón de ruedas, situado más cerca de la ventana, que de la cama.

Dediqué de nuevo mi atención a ella.

—Tía Carol... —musité.

Le acaricié las mejillas. Estuve un rato así, inmóvil, indeciso, predominando en mí la pena por su muerte. Poco a poco, empero, fui volviendo a la triste, inevitable realidad.

Tía Carolina había sido asesinada.

De pronto, me escalofrié. ¿Quizá la hora de su muerte había coincidido con aquélla en que yo estaba «matándola» con el pensamiento, con la mente?

Esto era absurdo, naturalmente. Pero quien la había asesinado sabía que: yo estaba pensando —bien sabe Dios que estúpidamente bromista— en su muerte. ¿Cómo podía saber nadie mi maldito pasatiempo de aquellos momentos, hasta el punto de llamarme poco después para decirme que ya estaba hecho? ¿Y cómo podía haber creído que yo deseaba realmente...?

El timbre del teléfono particular de tía Carolina sacudió mis nervios brutalmente. Sonó una vez, dos, tres, antes de que yo me decidiese a descolgarlo.

Tía Carolina tenía aquella línea particular hacía ya mucho tiempo, y se había acostumbrado a usarla con bastante frecuencia a raíz de su enfermedad; el aparato funcionaba independientemente de los del resto de la mansión, dotados éstos de una única línea.

Descolgué el auricular.

—Diga —susurré.

Era la misma voz:

—¿Satisfecho?

Mi lengua pareció paralizarse, igual que mi sangre y mis músculos.

Por fin, inquirí:

—¿Quién es usted?

Oí una risa dura, metálica.

—Déjese de tonterías, Conan Stewarts. Usted quería que su tía muriese, ¿no? Pues ya ha muerto. ¿O quizá no deseaba su muerte?

—Sí, sí —afirmé—. Por supuesto que la deseaba. Y tendrá usted una buena recompensa. ¿Dónde puedo verle?

—Ya tendrá noticias mías —dijo—. Y espero que será generoso.

—Claro. ¿Cuándo...? ¡Oiga, oiga...!

Otra vez había colgado mi desconocido informador.

Estaba tan triste, deprimido y desconcertado que no sabía qué hacer. Lo fui mirando todo, despacio, hasta que, finalmente, mis ojos volvieron a posarse sobre el cadáver.

Y de súbito, me di cuenta de que yo no estaba en muy buena situación. ¿Qué explicación satisfactoria podía dar si me encontraba alguien allí tras haber entrado

por la ventana? ¿Quién iba a creer mis palabras si yo mismo dudaba de que todo hubiese sucedido así realmente?

¿Quién no me culparía del asesinato de tía Carolina, con vistas a conseguir de una vez por todas su dinero, y más sabiendo la clase de tipo que era yo gastando dólares?

Era una trampa.

Aquello era una sucia e inmundada trampa destinada a un imbécil como no podía haber otro en el mundo: yo.

Y sólo había una solución: largarme de allí y aparecer en la casa cuando se me llamase al ser descubierto oficialmente el cadáver objeto de asesinato. Ésa era la mejor idea del día, por supuesto.

Antes de dirigirme a la ventana, dispuesto a marchar de allí por el mismo camino que había utilizado para entrar, fui hasta la puerta, aplicando el oído en la madera por si oía algún rumor de vida en la casa. Me pareció oír un leve ruido, pero pronto me convencí a mí mismo de que no había existido.

La tentación fue irresistible.

Asomé la cabeza, dispuesto a mirar pasillo adelante, después de ver que, como siempre, continuaban encendidas las discretas luces del pasillo y del vestíbulo, abajo.

Cuando mi cuerpo siguió a la cabeza, apareciendo en el pasillo, vi a Sue Gaskell. La enfermera llevaba una bandeja con algo, no me fijé qué.

No quise fijarme, ésa es la verdad.

Me escondí rápidamente en la habitación de tía Carolina, cerrando la puerta tras de mí.

Quedé casi aterrado, clavado en el suelo durante unos segundos que me parecieron interminables.

¿Me había visto la preciosa muchacha?

Hubiese querido saberlo con toda seguridad, y, por supuesto, de haber sido así quizá hubiese reaccionado de otra manera.

Mas, como no sabía si me había visto o no, decidí que lo mejor era no dar a conocer mi presencia.

Me pregunté si aquella preciosa muchacha formaba parte de la muy sutil trampa que se me había tendido. Recordé la llamada telefónica de aquel tipo de la voz metálica.

¿Y bien?

¿Qué podía pensar un hombre sensato y, aunque sólo fuese medianamente inteligente, de todo aquello?

Entonces no pensé que estaba cometiendo una tontería al dirigirme hacia la ventana, salvar el alféizar, y comenzar a descender por la gruesa enredadera.

¿Por qué no me quedé allí, puesto que, con toda seguridad, ya había sido visto en la puerta de la habitación de tía Carolina? Lamento no poder dar una explicación satisfactoria.

No fue difícil el descenso por la enredadera, y salté al suelo cuando aún no había

tocado tierra quedándome por recorrer una altura de más de dos metros.

Y apenas mis pies estaban firmemente asentados, vi aparecer las dos sombras.

Eran dos hombres altos, de silueta robusta.

Uno de ellos quiso agarrarme por la chaqueta, pero mi primer puñetazo le acertó en un ojo, lanzándolo hacia atrás, mientras sus manos protegían, tardíamente, el lugar golpeado.

El otro hombre no se dejó sorprender.

Me di cuenta de ello cuando noté el intenso dolor en el estómago. Me encogí intentando vanamente aliviar el dolor, y entonces algo estalló en mi barbilla.

Manoteando, trastabillé hacia atrás, mientras el hombre que me había golpeado continuaba detrás de mí, dispuesto a prolongar el castigo. Y todavía pudo golpearme otra vez, en un hombro.

Caí de espaldas.

Y entonces, el tipo cometió su primer error: se tiró detrás de mí. La punta de mi pie derecho se incrustó en su cuello, y por cómo respingó comprendí que lo había notado de veras.

Cayó de rodillas, pero cuando yo me incorporaba, el otro, suficientemente recuperado, se lanzó sobre mí con ferocidad. Lo recibí con un rodillazo entre las piernas que le quitó el resuello.

A partir de aquel golpe, el tipo era un enemigo vencido. Lo era cuando le hundí el puño derecho en el estómago, el izquierdo en el cuello, y de nuevo el derecho en el estómago.

El tipo boqueó angustiosamente, pero yo ya no podía frenarme con facilidad.

Rápido, sabiendo que el otro volvería inmediatamente al improvisado palenque, golpeé una vez más su estómago con la derecha: un *swing* cortísimo en la barbilla lo sacó fuera del enarenado sendero, lanzándolo en el centro de un rosal.

Y... cierto: el otro volvía a la carga.

Un puño más grande que una calabaza dejó mi oreja izquierda convertida en una brasa, y otro, igual de grande, me abrió la ceja derecha. Esta vez no caí. Y cuando el hombre quiso golpear por tercera vez, ya no luchaba con un pacífico americano, sino con un frío japonés.

Le había cogido con mi mano derecha por el externo del cuello, apretando hasta que me dolieron los dedos. El hombre había perdido el resuello hasta tal punto que ni siquiera podía gritar de dolor.

Mi mano izquierda, de canto, golpeó en su garganta, que crujió extrañamente. Luego, con ambas manos le agarré la mano derecha me la pasé por encima de mi hombro de ese lado hasta que su codo quedó bien apalancado, y tiré hacia arriba con el hombro y hacia abajo con las manos.

Esta vez el hombre sí gritó. De un modo horrisono, espeluznante. Y tenía sus motivos, porque mientras iba por los aires vía a uno de los pequeños estanques con pececillos de colores, debió notar el agudísimo dolor de su destrozado codo.

Comenzaban a encenderse luces en la casa, de modo que, siempre con mi obsesión de largarme de allí, corrí hacia la verja, la salvé ágilmente, y en pocos segundos me encontré corriendo County Hill abajo, procurando ocultarme todo lo posible.

El motor de un coche zumbaba detrás de mí. Llevaba los faros apagados, y su velocidad era suicida en aquellas condiciones. Fue innecesaria mi precaución de tirarme al suelo, pues el vehículo, zigzagueando, pasó muy cerca de mí, para desaparecer rápidamente.

Continué corriendo durante un rato hasta que llegué al casco urbano. Entonces, me detuve. Me limpié el sudor, y la sangre que brotaba de mi partida ceja.

Me acordé de tía Carolina.

Fue en aquel momento cuando comprendí que había cometido la mayor necedad de mi vida... hasta aquel momento.

Y entonces, decidí ir a mi apartamento.

Esto no era ninguna idea disparatada, pues de momento todavía podría acercarme por allí sin peligro. Tenía que cambiarme de traje, entre otras cosas, pues el que llevaba estaba manchado de sangre.

Calculando el tiempo que la policía tardaría en presentarse allí, me dije que debía apresurarme. ¿Quién sabe cuánto tiempo pasaría antes de que pudiese volver por allí?

CAPÍTULO III

VISITAS INDESEADAS

Cuando entré en el vestíbulo de la casa de doce pisos en que tenía mi apartamento, el portero estaba dormido. Entonces, maldije a Sue Gaskell, porque si ella no me hubiese visto allí, yo hubiese podido encerrarme, tumbarme lindamente en mi cama y asombrarme y apenarme al conocer la noticia. Luego, más adelante, ya me las hubiese ingeniado para buscar al asesino... en el supuesto de que no lo supiesen hacer los de la policía, cosa que dudaba. Cobran para eso, ¿no?

Subí a pie hasta el séptimo piso, en el cual estaba mi apartamento. No era, precisamente, la hora más apropiada para que nadie pasease por allí, de modo que no fui visto.

Introduje el llavín en la cerradura silenciosa, abrí la puerta y me colé rápidamente en mi cubil. Estuve unos segundos apoyado de espaldas en la puerta antes de encender la luz.

Y apenas hecho esto, me quedé petrificado.

Todos los cajones de cuantos muebles estaban a la vista aparecían abiertos, desparramado su contenido por el suelo; los libros también estaban esparcidos por todos lados, movidos los dos o tres impúdicos cuadros que adornaban el reducido living, arrastrados los muebles.

Desolador.

Lo único que no parecía haber sido maltratado era el libro del tal G. S. Masatto, que continuaba en la pequeña mesita, abierto por la página que había leído últimamente.

Entré en el dormitorio. Idéntico paisaje: camisas, trajes y demás prendas de hombre aparecían tiradas por todos lados, removidas; también la cama había variado su emplazamiento.

Tengo que hacer un inciso. ¿Ustedes creen que yo vivía descaradamente inactivo al amparo de los dólares de tía Carolina? Pues no. En realidad, yo era su secretario y administrador. Así lo quería ella, y sin petulancia puedo afirmar que estaba contento de mi trabajo... cuando trabajaba. Ahí estaba el mal, que trabajaba poco y me juergueaba mucho. Trabajaba tan poco que los asuntos de tía Carolina iban alarmantemente atrasados, aunque les aseguro que viento en popa.

Otra de las cosas que molestaban a tía Carolina —aparte mi indolencia en los asuntos administrativos de los seis millones de dólares— era mi vida nocturna, plagada de aventuras en las que, indefectiblemente, aparecían faldas... con una chica dentro. Chicas que nunca pertenecían a la sociedad que agradaba a tía Carolina.

Bueno, allí estaba yo, rascándome la nuca e intentando pensar en un solo motivo que me convenciese de que el desvalijamiento de mi apartamento había sido necesario.

—¿Tenía algo que ver aquello con el asesinato?

Esto lo pensé de pronto, y cuando me disponía a considerarlo con más detenimiento, se apagó la luz.

Simultáneamente, me dejé caer al suelo, temiendo lo que tantas veces les sucede a ciertos protagonistas de películas: que disparasen contra mí.

Pero no.

Por el contrario oí el ruido de unos pies que se dirigían hacia la puerta del apartamento. Me levanté con más rapidez de la que había empleado para tirarme al suelo, y cuando aquella sombra comenzaba a abrir la puerta, dispuesto a escapar al pasillo, yo estaba en medio del living.

No vacilé.

Me lancé en plancha contra aquella sombra, directo hacia la puerta. Y he dicho bien: directo hacia la puerta. Ocurrió así exactamente, porque el tipo se apartó, y yo me estrellé contra la madera.

Mas, no había quedado del todo aturdido, de modo que intenté incorporarme. Un punterazo en el pecho me tiró de espaldas contra la puerta. Me parecía que me hubiesen atravesado el tórax con una lanza, los ojos me lagrimeaban, y todo parecía ir a emprender un vertiginoso giro de un momento a otro.

Sacudí la cabeza, y así, conseguí esquivar —sin habérmelo propuesto— el siguiente punterazo de aquel hombre, que lanzó una imprecación cuando su pie se dobló contra la puerta. Yo estaba apoyado de espaldas en ésta, de modo que el tipo tenía que apartarme de allí si quería salir.

Y creyó que le sería fácil hacerlo. Quizá le engañó mi pasividad forzada, pues todavía no me había recuperado totalmente del feroz puntapié en el pecho.

Una mano grande y fuerte me asió por la chaqueta, tirando de mí hacia el interior de la pieza. Lo dejé hacer, pero cuando comprendí que una vez separado de la puerta, ya no le interesaba ni poco ni mucho a aquel tipo, entré en acción.

Lo primero fue no consentir que mi adversario recuperase su mano. Se la agarré fuertemente con las dos mías y, bien afianzado allí, me lancé hacia arriba, con los pies por delante, buscando la presa de tijereta en su cuello.

La conseguí.

Pero casi en seguida me arrepentí de ello. El tipo aquél sabía cómo desembarazarse rápidamente de aquella presa y el mordisco en mi muslo derecho me lo demostró cumplidamente.

Caí al suelo de espaldas, aunque procurando proteger mi cabeza del golpe.

Por lo visto, el hombre se había molestado conmigo, porque se sentó a horcajadas sobre mi pecho y comenzó a calentarme la cara con los más terribles tortazos que he recibido nunca.

Estaba tan entusiasmado aporreándome que no previó el nuevo juego de mis piernas. Sólo lo supo cuando ya mis pies, viniendo por su espalda, se cruzaron en su garganta. Lo eché hacia atrás, y oí chocar su cabeza contra el suelo.

—Ahora verás, cariño...

Me levanté antes que él, y pude devolverle el punterazo en el pecho cuando intentaba incorporarse. Eso me consoló un poco del calor que notaba en la cara. Pero como todavía tenía algo más para el desconocido, me acerqué a él y, antes de que se hubiera recobrado del todo, le hundí el puño derecho en las narices, el izquierdo en el hígado y de nuevo el derecho, en la boca.

El hombre gimió, pero rebotó en el suelo tan inesperadamente para mí que no podía creer que se me echase encima, contraatacando. Y tuvo que ser mi hígado quien me sacase del error. Me dolió tanto, que ni siquiera noté el puñetazo en la barbilla, ni el cabezazo contra la pared hacia la que había sido lanzado. El tipo quería golpear más, pero le paré el puño derecho con mis dos manos, y, sin soltarlo, di una vuelta sobre mí mismo hasta quedar de espaldas al desconocido.

Ya lo veía volando hasta estrellarse contra la pared.

—Vuela pajarito... —jadeé.

—No.

Aquel tipo sabía más que los otros, porque antes de que pudiese yo lanzarlo por encima de mí, su rodilla se incrustó en mis riñones, impidiéndome llevar a cabo la llave.

Y entonces oí yo los pajarillos. Eran millares, y piaban desaforadamente en mi cerebro. El segundo golpe que recibí espantó a los pajaritos. Se hizo el silencio, la oscuridad...

* * *

Cuando volví en mí tuve la impresión de que alguien estaba usando mi cabeza como si fuera un xilofón. Los golpes repercutían uno tras otro, con insistencia que, pese a lo del xilofón, no tenía nada de musical.

Estuve a punto de gritar de dolor, al ponerme en pie. Avergonzándome de mí mismo, llegué a la conclusión de que aquella era la paliza más tremenda que había recibido en mi vida.

Puse la cabeza bajo el grueso chorro de agua —a mí no me gusta eso de los agujeritos; me da la impresión de ser una florecita a la que están regando— y estuve así durante casi un minuto, atronados mis oídos por el fuerte choque del agua contra mi cabeza. Parecía que fuese sordo a todo lo que no fuese aquello.

Y así debió ser, porque cuando corté el agua y abrí los ojos, vi a dos tipos apoyados cada uno en un lado de la puerta. Sonreían con cierta perplejidad.

Uno de ellos me tiró la toalla.

El otro dijo:

—No me diga que es usted Conan Stewarts.

Entonces, me volví hacia los dos hombres, que continuaban mirándome con perpleja curiosidad.

—Yo no la maté —dije.

Sonrieron los dos.

—¿A quién? —preguntó el que me había tirado la toalla.

Parpadeé. Bueno, si ellos tenían ganas de broma, yo no.

—¿Puedo vestirme?

—Será mejor que lo haga, para venirse con nosotros.

—¿Detenido?

—No, hombre. Vamos a Toy Park, a dar unas vueltas en el Carrousel.

—Muy gracioso.

—Menos que usted, amigo. ¿Qué ha pasado aquí?

—Averígüelo usted, que es policía. Yo no lo sé.

—¿Tampoco sabe lo que ha pasado en Hampshire House, en County Hill?

—Han asesinado a tía Carolina. Pero no he sido yo.

—Ni yo tampoco —sonrió el policía, que se pellizcó la barbilla—. ¿Quién cree usted que ha podido ser?

Comprendí que quería burlarse de mí, y, al mismo tiempo, que no dudaban en absoluto de mi culpabilidad. Me encogí de hombros y salí del cuarto de baño, completamente desnudo, dispuesto a ir a mi dormitorio y vestirme con lo que encontrase por el suelo.

Entonces, me llevé la sorpresa agradable.

—¡Archie!

Archie Mac Rae me saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Hola, Conan. Mal asunto, ¿eh?

—Sí. ¿Quién me va a creer cuando diga que no la maté si a cambio de esa muerte me beneficio nada menos que de seis millones de dólares?

—Posiblemente, nadie.

—Ni siquiera tú, ¿eh, Archie?

—Yo sólo soy un teniente de la Criminal, Conan. Y he tenido la mala suerte de que se me encargue este caso..., que me aseguraron está clarísimo.

—Ya.

—Ve a vestirme.

—Seguro, hombre, seguro.

Le miré fijamente, pero opté por no decir nada más.

Y menos de media hora más tarde, ya de día, estaba en la Brigada, en la que Archie Mac Rae, mi amigo, prestaba sus servicios.

CAPÍTULO IV

REAPARECE NORA

Me dejaron en una habitación pequeña amueblada únicamente con una vieja mesa y unas pocas sillas. Por toda iluminación, una bombilla provista de pantalla para recoger la luz sobre la mesa. Sin embargo, en uno de los ángulos de la habitación, vi un potente reflector.

No estaba solo en aquella habitación. Había uno de esos chicos de cara burlona que cuando se quitan la chaqueta imponen un poco; y no sólo por la musculatura, sino por la pistola que cuelga bajo su sobaco izquierdo en funda axilar.

—¿Dónde está Archie? —le pregunté.

—El teniente tiene cosas que hacer por ahí antes de...

—Antes... ¿de qué?

—De preguntarle a usted algunas cosillas.

—Comprendo.

—Ajá. El teniente Mac Rae me encargó que le atizase duro si usted intentaba algo.

—Archie es mi amigo.

—Sí, ya me lo dijo. También me dijo que le conoce muy bien, y que en cuanto usted moviese un dedo le diese en la cabeza.

—Es muy curioso.

Era inútil intentar nada. Eso lo sabía yo desde un principio. Nadie escapa así como así de un precinto policial, y menos cuando los que le vigilan saben la clase de tipo que es uno.

De modo que decidí no impacientarme.

* * *

Archie llegó a media mañana. Se limitó a abrir la puerta y a gruñir, hosco el semblante:

—Johnson, trae al preso.

—En seguida.

Se levantó, se puso la chaqueta y se colocó detrás de mi silla.

—Andando, sabelotodo.

Salimos de aquella pequeña habitación, recorriendo un largo pasillo. Me empujó hacia la última puerta que había en este pasillo.

Y me quedé petrificado.

¿Se acuerdan de Nora Owens, aquella chica de la carretera que va de Los Angeles a Hollywood y viceversa? Aquélla del choque, que no quería enseñarme en privado las piernas... ¿Recuerdan?

Bueno, pues estaba allí.

Se echó sobre mí apenas verme.

—¡Oh, Conan, querido...! ¡Te han pegado...!

—¿Qué haces aquí, Nora?

Ella volvió hacia mí, con arrumacos.

—Conan, cariño, perdóname. No debí disgustarme contigo.

—Está bien, está bien. Dime qué es lo que quieres.

—Conan, ¿cómo no supe apreciarte mejor? ¿Cómo pude enfadarme con mi *cariñín*, que me regala collares tan preciosos?

—Tú estás loca —gruñí—. Jamás he regalado un collar como ése a ninguna mujer. Y puesto a hacerlo, puedes estar segura de que no serías tú la afortunada.

—¡Oh..., Conan...!

Insistía en abrazarme y besarme. Pero ahora yo estaba francamente furioso, de modo que de un revés la envié a los brazos de Archie, que la apartó de sí calmosamente.

Hasta entonces había estado mirándonos fijamente, cruzados sus brazos sobre el amplio pecho.

Se dirigió al llamado Johnson y a otro chico que también parecía un policía de película:

—Cuidad de la muchacha —se volvió hacia mí—. Tú ven conmigo. Pasa delante, ya que conoces el camino.

Entramos los dos solos en la misma habitación de antes.

Aquello era una sucia y asquerosa trampa, y así traté de decírselo atropelladamente a Archie Mac Rae. Pero éste, siempre sin perder su fría compostura, dijo:

—Cállate y escúchame tú a mí, Conan. Ante todo, debo decirte que ni, aunque fueses mi padre, saldrías bien libre de esto si fueses el asesino de tu tía. ¿Comprendes?

—Eres un puerco, Archie. Tú buscaste a esa lagarta...

—Te trataré como tú elijas, Conan —dijo, siempre tranquilo—. Pero no esperes que admita liarme a bofetadas contigo ahora y aquí. Esto es sólo para limpiarte un poco la lengua.

Me levanté, fui hacia una de las sillas y me dejé caer en ella. Lo miré, esperando que dijese lo que mejor le pareciese. Pero comprendí que le había juzgado mal en cuanto comenzó a hablar.

—Personalmente —dijo—, no te creo el asesino, Conan. Claro que en esto influye el hecho de ser amigo tuyo, lo cual puede ofuscarme. Al fin y al cabo, los asesinos siempre son amigos de alguien. Todos tenemos amigos... y debemos confiar en ellos. Dime, Conan: ¿La mataste tú?

—No.

—Muy bien —cogió una silla y se la colocó debajo, con el respaldo hacia

adelante; me miraba fijamente—. Tú y yo vamos a hablar partiendo de la base de que eres inocente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Veamos: tú eres uno de esos hombres que no conceden importancia a nada —sonrió levemente y rectificó—: Bueno, digamos que a casi nada. Esta tarde, exactamente a como venías haciendo de una semana a esta parte, llevaste en tu coche a Nora Owens a Hollywood...

—No la llevé hasta allí.

—Sí, ya sabemos eso. La chica nos lo ha contado todo.

—¿Lo de las piernas también?

—Todo. Sabemos lo del accidente y que fue a causa de tu imprudencia. Eres un estúpido, Conan, si crees que en esa carretera se puede bromear con una chica. Pasan miles de coches. Pero vayamos a lo nuestro. Tu coche quedó tan estropeado que lo abandonaste. No valía la pena ni pensar en repararlo. Era mejor, debiste pensar, pedirle dinero a tu tía para uno nuevo. ¿Me equivoco?

—Hasta ahora, no.

—Avísame cuando así ocurra. Llegaste allí —a Hampshire House—, te encontraste con que tu tía no quería recibirte...

—Ese Perry es un charlatán, ¿eh?

—No me interrumpas; a menos que sea para decirme que me equivoco. Tu tía no quería recibirte, lo cual hacía suponer que esta vez el enfado, el disgusto de la mujer, era más fuerte que en anteriores ocasiones. Pero no estaba ahí todo lo malo. Había más...

Tuve que interrumpirle.

—Un momento. ¿No te dijo Perry lo del libro?

Archie sonrió levemente.

—Sí. Sí. Y encontramos el libro en tu apartamento, Conan..., abierto por la página que asegura que se puede matar a una persona deseándolo con, toda intensidad. Visto el libro, tuvimos que creer las palabras que tú dijiste al mayordomo de Hampshire House respecto a que pensarías con intensidad en tu tía a fin de que muriese. Y había algo más: tu otra tía, Elizabeth, cuñada de tu tía Carolina, había llegado a la mansión. También habían llegado el doctor Shepard, una enfermera y... el notario, Conan. La presencia del notario no te gustó. Temiste que tu tía cambiase el testamento a favor de los dos sobrinos carnales de su marido...

—Ese Perry es un maldito charlatán.

—Ya lo dijiste antes; pero sin lo de maldito. Ese hombre parece estar muy enterado de los pormenores de Hampshire House, ¿no es así?

—Está enterado —admití de mala gana.

—Bien. Prosigo: te fuiste a tu apartamento en Side Sea, tomaste el libro y pensaste intensamente en la muerte de tu tía. Pero, claro, eso era una tontería. De modo que te fuiste para allá...

—Y la encontré muerta.

—Voy a decir que te creo, Conan. Ahora, como pago, dime por qué entraste subrepticamente en la casa, valiéndote de la gran enredadera y por qué huiste luego por el mismo sitio. Dime también qué significaba el gran desorden que hallamos en tu apartamento y con quién te habías peleado. Dime todas estas cosas, Conan, y entonces tomaré una decisión respecto a ti.

—¿Tú? ¿Qué decisión puedes tomar tú?

Archie sonrió apenas.

—¿Quién sabe? Anda, cuéntame tu versión de lo que ocurrió.

Lo hice. No omití nada. Le dije lo del libro y, finalmente, la pelea sostenida en mi apartamento con un hombre al que no podría reconocer, aunque lo tuviese a tres pulgadas de mis narices, pero que, naturalmente, había ido a mi apartamento en busca de algo. Algo que yo ignoraba, claro.

—Yo lo sé.

Lo miré asombrado.

—¿Qué es lo que sabes?

—Lo que buscaba aquel tipo. Esto.

Se había introducido la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta. La sacó sosteniendo un papel grande, de buena calidad, pero quemado por uno de sus extremos.

—¿Y bien? —inquirí—. ¿Qué es eso?

—El último testamento de tu tía Carolina.

—Si eso estaba en mi apartamento, Archie, es que el tipo con el que me las tuve, no vino a llevarse nada, sino a dejarme esto.

—¿Quieres decir que quisieron ponerlo en tu apartamento para acusarte con una prueba más?

—Exacto. ¿Dónde estaba?

—Encima del hornillo de tu cocina, así, medio quemado. Es decir, no está medio quemado, sino sólo en parte. Precisamente la parte de la firma.

—Eso es curioso, ¿eh?

—En modo alguno. Si yo tuviese que destruir un testamento que me desheredaba, o que disponía de los bienes de mi tía en favor de otras personas, empezaría por la firma. Tú no eres menos inteligente que yo, Conan.

—Lo soy más —afirmé rotundamente.

—Lo dudo. ¿Qué me dices de la llamadita telefónica que pone en tu conocimiento el asesinato de tu tía? ¿Pretendes que te crea eso?

No dije nada. Y Archie se echó a reír.

—Ahora —dijo— has puesto la misma cara que aquel día que dijiste en Pork Chop Hill que ibas a cargarte una docena de coreanos antes de la cena. Y lo hiciste. ¿Qué estás tramando ahora, Conan?

—Escucha, Archie: lo de la llamada telefónica es verdad, tanto a mi apartamento

como al número privado de tía Carolina.

—Si yo admitiese eso, Conan, sería tanto como admitir que el asesino es otra persona y que te tendió la más hábil trampa que he oído nunca.

—¿Y no quieres admitirlo?

—Queda otra cosa —eludió Archie una respuesta concreta—: la chica ésa, Nora Owens. La encontramos... Mejor dicho, ella se encontró con el hombre que dejé en tu apartamento. Dijo que había recibido tu regalo y que venía a disculparse por haberse mostrado «intransigente» contigo. «¿Dónde está mi carmín?», fue lo último que dijo. Cuando mi hombre le dijo que estabas preso, se echó a llorar y quiso venir a verte en seguida. Vine yo y... presencié la entrevista.

—¿Cómo recibió Nora mi regalo?

—Un hombre se lo llevó al *River Club*, en Hollywood, donde ella trabaja. La chica asegura que se quedó tan maravillada que cuando fue a darse cuenta, el hombre había desaparecido y... Bueno, vino a buscarte a tu apartamento.

—Archie: Nora no supo por mí dónde está mi apartamento. ¿Crees que voy por ahí diciendo a todas las chicas que frecuento cuál es mi domicilio? Es algo que incluso evito mencionar.

—Pues si no le regalaste tú el collar, quien fuese puede perder nada menos que veintitantos mil dólares que vale el colgajo. ¿Sabes de mucha gente que tire esos miles de dólares?

—¿Por qué no..., estando en juego seis millones de dólares?

—Sí, ya pensé eso. Y, naturalmente, sé que tú debes tener tus sospechas, Conan. ¿Hacia quién van dirigidas?

—Hacia nadie por el momento. O hacia todos, como te parezca mejor. Cualquiera puede trepar por la enredadera y asesinar a tía Carolina.

—Si quien la mató entró por la ventana, tuvo que trepar por la enredadera, desde luego —admitió Archie—. Eso descarta como posibles asesinos a Perry, cuya edad no se lo permite, y a tu tía Elizabeth, cuyo brazo derecho en modo alguno le serviría en una ocasión semejante.

—Yo creo que Perry es capaz de trepar por allí. En cuanto a mi querida tía Elizabeth... Bueno, me gustaría saber si realmente ese brazo lo tiene descoyuntado.

—Lo tiene —afirmó Archie—. Me ocupé ya de eso. Además, ni ella ni el mayordomo tienen fuerza suficiente para apretar la tira de cuero de aquel modo tan salvaje en torno al cuello de tu tía.

—Bien, pues no sé. Quizá el doctor Shepard... ¿No podría ser Charles Trytell, el notario?

—Te he preguntado por tus sospechas, Conan. Pero en modo alguno pienso poner en tu conocimiento las mías.

—Oye, ¿y la enfermera? Aquella chica de cuerpo así y de piernas...

—Sé a quién te refieres —gruñó Archie—: además, sólo estaba ella como enfermera en toda la casa. Ella no pudo ser..., creemos. En fin, esperemos que el

informe forense nos proporcione alguna pista.

—¿No os indicó nada el que tía Carolina estuviese al revés de la cama, y que su collar de perlas estuviese esparcido por el suelo?

Los ojos de Archie Mac Rae brillaron contenidamente. Y supe que me mentía cuando respondió, con indiferencia:

—No.

Muy bien. ¿De modo que allí había algo, alguna pista...?

Se abrió la puerta. Johnson parpadeó ligeramente al vernos a Archie y a mí sentados frente a frente en actitud amistosa.

—Teniente, llaman a Stewarts por teléfono.

Salté de la silla. ¡Ojalá fuese cierta mi corazonada!

—Déjame recoger la llamada, Archie —pedí—. Puede que sea el tipo de la voz metálica. Puedes escucharnos por la derivación.

—Eso pensaba hacer. Andando.

—Conan Stewarts —me presenté—. Diga.

—Oiga, Stewarts —era la voz metálica, con inflexiones de irritación—: yo cumplí mi parte. Quiero mi dinero, y me importa un pepino que a usted le hayan echado el guante. Le ayudé a planear y a llevar a cabo la muerte de su tía, ¿no? Pues quiero mi parte. No lo olvide. Si yo no hablo, quizá salga libre por falta de pruebas; pero si yo hablo... Ya sabe cómo enviarme el dinero. Puede pedirlo a algún amigo... o lo que quiera. Todo el mundo presta dinero a un futuro millonario... Pero recuerde que si yo hablo, nunca será millonario, Stewarts. Nadie hereda de una persona a la que ha asesinado. No lo olvide, Stewarts, quiero mi parte... ¡Y pronto!

Clic.

—Archie, te juro...

—Voy a hacer contigo algo excepcional, Conan —su voz era fría y tranquila, como siempre—: iré contigo a Hampshire House, en County Hill. Intentaremos reconstruir los hechos... Esa llamada te ha hecho mucho daño —rompió a reír—. Bueno, por lo menos eso cree el tipo que la ha efectuado.

—¿Quieres decir que ya no...?

—Quiero decir que vamos a Hampshire House. Acompáñanos, Johnson.

Cinco minutos más tarde, tras soltar a Nora con la prevención de que no abandonase Los Angeles hasta que se le autorizase, Archie se colaba detrás de mí en el coche.

—Arranca, Johnson.

CAPÍTULO V

LOS PARIENTES DE TÍA CATALINA

Perry se demudó al verme.

Mientras Archie y el tal Johnson estudiaban detenidamente el terreno en el que yo dije haber tenido la pelea con aquel par de tipos que parecían esperarme, insistí en que me dejaran subir a ver a tía Carolina.

No pude convencer a Archie, y sólo cuando él ya hubo visto lo que le interesaba, accedió a acompañarme.

Perry nos estaba esperando con la puerta abierta, tenso su rostro supongo que debido a mi presencia.

—¿Y bien? —pregunté yo—. ¿Hubo o no hubo una pelea aquí?

Encogió los hombros.

—No te voy a decir que no, Conan. Pero estas señales pudo hacerlas un hombre solo, con objeto de contar luego una fantástica historia.

—¿Todavía no me crees?

—Personalmente, me inclino a creerte. Pero mis puntos de vista personales poco podrán ayudarte. La ley debe obrar de acuerdo a ciertas normas impersonales...

—Oh, vete al diablo. ¿Podemos, por lo menos, subir a ver a tía Carolina?

—No podemos. Y si lo vamos a hacer es porque mi amistad me obliga por lo menos a consentir en esto, Conan.

—Excelente muchacho —dije con la máxima ironía—. ¿Y después...?

—Después tendrás que volver con nosotros a la Brigada.

Hasta el momento, mirándolo de un modo imparcial, todas las pruebas, testigos y declaraciones te acusan a ti.

—Pero tú sabes...

Archie me miró furiosamente.

—¡Deja en paz de una maldita vez lo que yo sepa o piense o sienta! Estoy trabajando; tengo que cumplir con mi obligación y basta. Vamos a ver a tu tía.

Perry nos sostenía la puerta.

Al pasar junto a él le dije:

—Yo sospecho de ti, Perry. ¿Qué te parece?

—Usted..., usted bromea, señorito Conan.

—¿Tú crees? Muy bien. Dime entonces por qué continuabas en la casa de una mujer que te trataba despóticamente. Esperabas conseguir algo. ¿El qué, Perry? ¿Vengarte..., asesinarla? ¿De qué te tenías que vengar?

—¿Vengarme yo...?

Perry estaba muy pálido. Sus ojos iban de Archie a mí, y de mí a Johnson, y vuelta a empezar.

—Perry: ¿Le dijiste a alguien mi comentario acerca de aquel libro, y mi estúpida

broma de que aquella noche iba a probar su magia? Vamos, esto tienes que decirlo.

—Pues... Bueno, creo que hice un comentario sobre eso...

—¿Cuándo? ¿Quién había delante?

—Todos.

—¿Quiénes son todos?

—Su tía Elizabeth, el doctor Shepard, el señor Trytell... y la enfermera. Compréndame, yo no podía consentir que le ocurriese nada malo a su señora tía.

—Bueno, ¿y por qué no? ¿Qué diablos podía importarte a ti una vieja paralítica que te trataba como a un lacayo?

—Yo la amaba, señorita Conan.

—¿Que tú...? —No supe si reír o hundirle el cráneo de un puñetazo.

—Sí, señorito Conan, la amaba —Perry había inclinado la Cabeza—. Por eso continuaba aquí, soportándola. Además... Bueno, ella me trataba como yo me merecía.

—No entiendo.

—Pues... Cuando su señora tía quedó viuda hace doce años, yo creí que podría... Bueno, yo estaba enamorado de ella desde que el señor Hampshire la trajo a esta casa. Cuando aún no había pasado una semana de la muerte del señor, una noche, en el jardín, besé a su señora tía y le dije que la amaba...

—¡Por cien mil diablos...! Pero ¿qué pretendías? No puedo dar crédito a lo que he oído. Buscabas el dinero, ¿eh?

Perry me cogió de una manga.

—¿Qué pasará ahora, señorito Conan?

—En primer lugar, Perry, he dejado de ser el señorito Conan. Tendrás que acostumbrarte a llamarme «señor» o míster Stewarts. En segundo lugar, creo que si las cosas no cambian, tendrás que ir a San Quintín para poder hablar conmigo. ¿No es cierto, Archie?

—Si tú lo dices...

Subimos la amplia escalera, recorrimos el pasillo y, cuando estábamos casi ante la puerta de la habitación de tía Carolina, aquélla se abrió.

Tía Elizabeth pareció querer proteger la entrada con su seco cuerpo asténico.

—¿Cómo estás, tía Liz?

Ella retrocedió un paso.

—¡Monstruo!

—No la maté yo, tía Liz. Eso es tan monstruoso, en efecto, como si la hubiese matado usted.

Tía Elizabeth palideció intensamente. Me dio la impresión de que iba a desmayarse y, aprovechando la ocasión, la cogí rápidamente por el brazo dislocado.

Su exclamación de dolor y el aumento de palidez en su rostro me convencieron de la veracidad de su lesión.

—¡Suéltame...! No me toques..., ¡asesino!

Fue entonces cuando de la habitación de tía Carolina salieron Leo y Sylvia, los hijos de tía Elizabeth. Su madre se había adelantado a llamarlos, naturalmente. Y ellos habían acudido, presurosos, ante la desgracia de su querida tía Carolina. ¡Bah!

—Cálmate, mamá —dijo Leo, sosteniéndola—. No es necesario que...

—¡Me ha dicho que yo podría ser capaz de haber matado a Carol...!

—Vamos, vamos, tía Liz —contemporicé—. No he querido decir eso. Tan sólo que yo no la había matado. Y desde luego, estoy seguro de que soy quien más sinceramente siente su muerte.

Leo me miró plácidamente.

—No es necesario que quieras ofendernos, Conan.

—¿Acaso no es cierto que vosotros pensabais en tía Carolina únicamente como un posible saco de billetes? Y habéis tenido suerte, ya que vuestro más peligroso adversario en la posesión de ese saco de billetes está acusado nada menos que del asesinato de la testadora. Eso a mí me parece demasiada suerte...

—¿Siempre has de ser tan desagradable, Conan?

—Con gente que tiene más dinero del que necesita y quiere el de los demás, aprovechándose de las circunstancias, sí. Tu madre, Sylvia, ha sabido aprovechar el momento. Y quisiera saber por qué tuvo que venir precisamente anoche en que tía Carolina estaba muy disgustada conmigo.

—No llegué anoche.

Miré a tía Elizabeth.

—Quise decir ayer. ¿Qué más da la hora? Diríase que el momento fue escogido. Y eso no me gusta.

Leo intervino de nuevo:

—Creo que te estás excediendo, Conan. Nosotros hemos venido porque así lo especificaba el testamento. Todos los posibles herederos, o personas que fuesen a percibir algo deberían estar en esta casa durante los tres días siguientes al de la muerte de tía Carolina.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Se lo he dicho yo —intervino tía Liz—. Estaba presente cuando Carol testó ayer, en presencia del doctor Shepard y, por supuesto, del señor Trytell. Claro que tú ya conoces el contenido del testamento, pues te lo llevaste. Pero no te va a servir de nada haberlo destruido, pues...

—Yo no me lo llevé. Además, ¿quién es tan estúpido de creer que destruyendo un documento del cual guarda copia un notario, va a dejar sin efecto el contenido de dicho documento? El notario presentará su copia, sellada y lacrada y se procederá...

Tía Elizabeth apretó sus delgados labios.

—No hay copia.

—Eso es absurdo...

Archie dijo:

—No tan absurdo, Conan. Tengo entendido que tú tía Carolina no se decidió a

firmar anoche un testamento que, por lo visto, era completamente diferente al anterior. De este modo, el señor Trytell le dejó una copia para que la estudiase. Esta mañana, tu tía decidiría si aceptaba los términos de ese testamento que redactaron entre ella, el mencionado señor Trytell... y la señora aquí presente.

—La señora aquí presente —dije— tendrá que conformarse con las pequeñas migajas que le haya destinado la considerada tía Carolina en el otro testamento. Y ya procuraré yo que esas migajas sean auténticas migajas.

—Antes tiene que aclararse tu situación, Conan.

—Serás ejecutado por asesino —silbó tía Elizabeth.

Volví a reír, y me separé del grupo, dispuesto a entrar a ver a tía Carolina. Pero Sylvia simuló tropezar conmigo, y su boca se acercó mucho a mi oreja izquierda.

Supongo que sólo yo la oí susurrar:

—Si puedes, Conan, ven a verme a la biblioteca.

Fue una frase rápida, y que me hizo dudar si había oído bien. No obstante, decidí que si podía iría a la biblioteca.

Archie entró conmigo, mas no ninguno de los familiares que habían acudido a Hampshire House.

En seguida me apercibí de algo que me hizo lanzar una exclamación.

Archie me agarró del brazo.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada... —mentí—. Es que... Bueno, me pareció que se movía...

—Está bien —gruñó Archie—, vámonos ya.

Cuando salimos de la habitación de tía Carolina, tía Elizabeth y su hijo Leo estaban en el pasillo, probablemente esperando que el asesino se marchase del lugar que ocupaba su víctima.

Esto me hizo recordar, al no ver a Sylvia, que ésta me había citado de modo ciertamente misterioso en la biblioteca. Se me ocurrió que no me sería muy fácil acudir a la inesperada cita, habida cuenta del malhumor de Archie.

No obstante, se lo propuse:

—¿Te importa que vaya a la biblioteca, Archie?

—¿Para qué? —gruñó.

—Quizá sería interesante tener algún libro para distraerme en mi encierro.

Archie frunció el ceño.

Luego, me miró a mí.

—Conan —dijo—: somos amigos. Pero yo soy teniente de la Criminal. Llevo un arma. Recuérdalo.

—Lo recordaré, Archie. ¿Puedo recoger el libro?

—Digamos que puedes entrar en la biblioteca. Yo ya sé que tú no me crees tonto, Conan, pero quizá tenga que advertírtelo. Si te dejas entrar ahí, solo, es porque espero que eso nos sirva de algo.

—Eres un tipo estupendo —dije.

Aprovechando su magnanimidad me dirigí hacia la biblioteca. Abrí la puerta, muy despacio, lanzando una rápida ojeada al interior de la pieza.

Sylvia no estaba allí.

Quedé sorprendido, de momento. Luego, llegué a la conclusión de que quizá fuese yo quien tuviese que esperarla a ella. Cerré la puerta a mi espalda, pero apenas me había apoyado en ella, Sylvia apareció por detrás.

No pude hablar.

Por dos cosas.

La primera, porque estaba demasiado asombrado.

La segunda, porque es imposible que un hombre hable cuando una mujer está besándolo furiosamente en los labios.

Tardé un poco en poder hablar, porque Sylvia se resistía a soltar mi cuello y mi boca.

Por fin, pude decirle:

—Eres una neurasténica, Sylvia.

—Oh, Conan, yo te amo...

—¡Qué bien!

—Conan..., no me hagas pagar a mí las culpas y la ambición de mi madre...

—¿Acaso la tuya es una ambición distinta a la de ella?

—Te amo, Conan.

Consideré demasiado cruel reírme de ella, y dije solamente:

—Escucha, pequeña: yo soy zorro viejo.

—¿Qué quieres decir?

—Poca cosa. Un tipo como yo está acostumbrado a los besos. Y no les hace demasiado caso. Para ciertas mujeres un beso como el que tú me has dado no significa nada. Quizá veinte dólares, pero nada más que eso.

—¡Me estás ofendiendo...!

—No es ésa mi intención.

—¿Qué quieres decir?

—Que te doy las gracias. Tu acción me ha demostrado que tú no crees que yo sea un asesino. Hasta es posible que hayas pensado en la posibilidad de compartir mi inculpabilidad... y los seis millones de dólares. En este último caso, Sylvia querida, te diré que me pareces un poco restringida.

—¿Restringida?

—Eso es. Delgadita... —Ella enrojeció, sin protestar—. Cuando acabes de convertirte en mujer, quizá te haga caso. Cuando quiera besarte, cariño, te enviaré una postal:

Salí.

Archie tenía el cigarro colgando de sus labios.

—¿Y bien? —preguntó.

—Mal —gruñí lacónicamente.

—¿Nos vamos, pues?

—Escucha, Archie...

—Es inútil, Conan. De verdad que me gustaría ayudarte. Pero no puedo dejarte marchar. Los hombres como tú y como yo procuramos resolver personalmente los líos en que nos han metido o nos hemos metido nosotros mismos. Sé que tú quisieras tomar este asunto en tus manos y solucionarlo a tu manera. Como casi todo el mundo, te crees mucho más capacitado que nosotros, que hemos hecho una profesión del descubrimiento de crímenes y demás delitos. Hasta es posible que tú solo lograses más que todos nosotros; eso no quiero discutirlo. Te ruego que tengas en cuenta que mi obligación es mantenerte preso. Otra cosa distinta sería si tú consiguieses escapar... por tus propios medios. ¿Comprendes?

—No —mentí.

Descendimos la escalinata.

Johnson salió a nuestro encuentro, diciendo:

—Teniente, he examinado con cuidado el terreno y me apostaría un diente a que aquí no hubo tal pelea.

Archie lo miró con benévola condescendencia.

—¿De veras, Johnson? Tú llegarás lejos.

Seguro.

Llegó lejos.

Archie había abierto la puerta trasera del coche, indicándome el interior del vehículo. Yo sabía que si entraba allí ya no saldría hasta llegar a la Brigada, lo cual era tanto como desechar cualquier posibilidad de fuga.

No podía hacer eso.

Sin embargo, entré en el coche. Detrás de mí lo hizo Archie, y, por último, Johnson, en la parte delantera. Aceleró.

Entonces, yo dije:

—Un momento. ¡Tengo que...!

Fui muy rápido.

Abrí la portezuela de mi lado, saltando a tierra. Archie quiso seguirme, aunque comprobé que sin demasiadas prisas y temiéndose algo. Lo que él se temía ocurrió.

Justo cuando estaba inclinado para salir tras de mí, yo empujé fuertemente la portezuela, de modo que golpeé contundentemente la cabeza de mi amigo, echándolo hacia atrás, sin conocimiento (así lo supuse yo, al menos). Sin perder un segundo, me colé tras él, y cuando Johnson empezaba a reaccionar, yo ya le apuntaba al cogote con la pistola de Archie.

—Quieto, pedazo de idiota —conminé. Y añadí, humorísticamente—: Quieto... o mueres; lo que prefieras.

Fue el único momento en que Johnson me demostró un mínimo de inteligencia. Permaneció quieto.

—Abre la puerta —ordené.

Sin rechistar, abrió la portezuela de su lado.

—Apéate.

Obedeció.

—Has perdido una apuesta, Johnson.

Le di furiosamente con la «Luger» de Archie en los dientes. Lanzó un grito de dolor, pero lo acallé en seguida, golpeándole en la frente con el cañón del arma. Fue trastabillando hacia atrás, aparatosamente, manoteando, hasta caer en otro estanquillo con peces de lindos colores.

—Así aprenderás a no decirle a nadie que le irás a visitar a San Quintín, cerdo. ¡Sucio tipo!

Saqué a Archie del coche. Por un momento me había parecido que Archie estaba simulando, pero no, El golpe le había aturdido realmente. Me pregunte si aquel hombre era el mismo que había visto las posaderas de cientos de coreanos, corriendo ante él.

—¡Hum!

Cuando puse el vehículo en marcha, Johnson salía del estanque. Me pareció ver un pez pequeñito coleando desesperadamente en el bolsillo superior izquierdo de su chaqueta.

—Para, peinarse bien no hay como mojarse la cabeza —reí.

Tan sólo diez minutos después, abandonaba el coche policial.

Recorrí algunas manzanas antes de decidirme a alquilar un taxi.

—A Toy Park —ordené.

El chófer me miró por el espejo retrovisor, se encogió de hombros, y puso el cacharro en marcha.

A las once de la noche me dije que ya estaba bien. Entré en un «*snack*» y pedí un listín telefónico. Me costó más de veinte minutos decidirme por aquella dirección. Antes de marcharme del local, comí un par de bocadillos y una cerveza que aseguraban ser alemana, y que, por eso mismo, me costó dos dólares y medio.

Por fin, salí. Silbé a un taxi y dije:

—Doscientos catorce, Greenroad Sea.

CAPÍTULO VI

SUE, DELICIOSA MUÑECA

Greenroad Sea hacía honor a su nombre. Era una carretera bordeada de verdes alamedas, que se dirigía al mar.

El número doscientos catorce de Greenroad Sea no estaba situado en la parte elegante de la calle, ya que la tercera manzana de cualquier calle de una ciudad moderna, nunca suele ser céntrica ni importante. Prescindamos de las excepciones.

El tipo del *Yellow Car*, dijo:

—Dólar veinte.

Cuando entré en el edificio, un tipo con gorra y cara de asco me preguntó:

—¿Adónde va?

—A ver a mi abuelita.

Mientras el hombre sopesaba tal posibilidad me metí en el ascensor y pulsé el indicador del piso cuarto.

Quince segundos más tarde hundía el pulgar en el llamador de la puerta del apartamento 38. Consulté mi reloj de pulsera. Marcaba las cuatro menos diez, y entonces recordé que se había estropeado la noche anterior en mi pelea con los dos hombres que me esperaban al pie de la ventana de tía Carolina. Calculé que debían ser cerca de las doce, hora verdaderamente inoportuna para andar de visita.

Sin embargo, la puerta se abrió, aunque sólo un par de pulgadas.

—¿Qué...?

Comprendí que la puerta sería echada contra mis narices apenas me las vieses, de modo que coloqué el cañón de la «Luger» de Archie entre la puerta y el marco de la misma.

Fui listo.

Solté una risita.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

Acto seguido, empujé la puerta con mi hombro.

—Arriba, vida mía. Estás preciosa.

—¡Bestia..., asesino...! —increpó la chica.

—Quien ha matado una vez puede matar dos. La pena es la misma. ¿Comprendes, cariño mío? —pregunté.

Dejó de debatirse, de protestar, de moverse.

—Eso ya va mejor —susurré—. Calma.

—¿Qué... qué quiere?

—Mimitos.

Le pellizqué la barbilla.

—¿Quieres que charlemos un rato? —pregunté.

—¿Sobre... sobre qué?

—Sobre el amor. Es un tema apasionante, cariño.

—Pero muy viejo —dijo.

—Es cierto. Pero también es viejo el mundo y a los niños continúan enseñándoles cómo es y que da vueltas sobre sí mismo y alrededor del sol.

—¿Qué... quiere de mí?

—Chiquita —suspiré—: tú no me vas a dar lo que yo quisiera de ti.

—Asesino... —murmuró.

—Número equivocado —dije—. No soy un asesino... todavía...

—Usted... usted no puede...

—¿Matarte? ¡Claro que puedo! Mira: me bastaría apretar un poquito, así, despacio...

—¿Riiiiinggg?

El primer repiqueteo del teléfono nos hizo saltar a los dos del sofá. Para cuando el aparato llamó por segunda vez, yo la había agarrado por un brazo.

—Contesta —ordené—. Y recuerda que, sea quien sea, está lejos. Por lo menos más lejos que yo. Eso quiere decir que podrá ayudarte muy poco si pides ayuda o das a entender de una forma u otra que tienes una visita que no te agrada. ¿Comprendes?

Descolgó el auricular.

—Diga...

Escuchó tan sólo un segundo. Bajó el auricular y dijo:

—Es... es para usted.

Esta vez fui yo quien palideció. De haber habido alguien dispuesto a ello, hubiese apostado décuplo contra sencillo a que sabía quién era mi comunicante.

Cogí el auricular con la mano izquierda y un brazo de la chica con la derecha.

—Conan Stewarts —me presenté según mi costumbre.

—Querido amigo —dijo aquella voz metálica que yo comenzaba a conocer tan bien—: usted va de lío en lío. Si continúa así, me temo que ni siquiera mi testimonio podrá salvarlo de la silla eléctrica o de la cámara de gas.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Cómo sabe...?

—Voy a contestar a una sola de sus preguntas: quiero un millón de dólares.

—¡Está loco!

—¿Lo cree así? Fíjese: usted me entrega un millón de dólares, y yo demuestro a la policía que no fue usted quien asesinó a Carolina Hampshire.

—¿Cómo puede hacer semejante cosa? Me imagino que eso sólo podría demostrarlo el verdadero asesino. Y tiene que ser usted, pues sabe demasiadas cosas relacionadas con este asunto.

—No sea estúpido. ¿Cree que si yo fuese el asesino le ofrecería librarle de toda culpa, aceptándolas yo, aunque fuese por un millón de dólares?

—No puedo pagarle ahora. Primero tendría que demostrar que no soy el asesino. Sólo entonces podría pagarle a usted. Le juro que lo haría.

—¿De verdad me cree tan necio?

—Me temo que no lo es. ¿Cómo sabe todo cuanto ocurre, cómo consigue localizarme siempre, cómo...?

—¿Ha oído hablar de la telepatía?

—Claro.

—Yo soy un telépata. No se ría, estúpido. ¿Cómo cree que puedo saber que usted no es el asesino? ¿Cómo cree que puedo saber quién es el verdadero asesino?

—Se lo he dicho ya: lo es usted. Y siéndolo, sabe quién es, y, por lo tanto, que no soy yo. Dígame una cosa: si usted sabe que yo no soy el asesino..., ¿por qué llamó a la Brigada y habló como si lo fuese y, además, hubiese contado con la complicidad de usted? La policía oyó la conversación y...

—Contaba con ello —rió mi amigo telépata—. Y lo hice para que se diese cuenta de cuánto daño puedo causarle. También puedo beneficiarle. Total: un millón de dólares.

—De acuerdo. Si usted cree que hay manera de que yo los consiga para dárselos, cuente con ese dinero. ¿Dónde y cuándo?

—¿Conoce a una tal Nora Owens? —Oí su risa.

—¿Qué tiene que ver ella en esto?

—Mucho. Ella y su bonito collar de veintitrés mil dólares.

—¿Sabe usted algo de eso?

—Escuche, Stewarts: yo sé todo cuanto se relaciona con este asunto. Créaselo de una vez y ahorraremos tiempo y suspicacias.

—Está bien —suspiré—. Ahora, dígame por qué ha mencionado a Nora Owens y su collar de veintitrés mil dólares.

—¿De verdad no lo ha comprendido? Le creía más inteligente, Stewarts. Pero no importa. Vaya ahora mismo a ver a Nora. Ella le dirá lo que tiene que hacer.

—Está mezclada en esto, ¿eh? ¿Dónde vive?

—Palisade Avenue, 504, apartamento 217. Está cerca de...

—Sé dónde vive; y veo que usted también. ¿Cuándo tengo que ir a verla?

—Inmediatamente.

—De acuerdo.

El hombre que se llamaba a sí mismo telépata, colgó. Desde luego, por el momento nos lo teníamos dicho todo.

Solté el brazo de la enfermerita y dije:

—Acaba de vestirme. Vindrás conmigo.

—¡Oh, no, yo no...!

La volví a agarrar.

—Escucha, cariño: tú me acusaste en Hampshire House, ¿no? Pues vendrás conmigo para oír cuanto se tenga que decir respecto a mi inocencia. ¿Sabes quién me ha llamado aquí por teléfono? ¡El hombre que sabe la verdad de cómo ocurrió todo! Me ha dicho que tenemos que ir a ver a una mujer. Mejor dicho: no te ha mencionado. Pero yo quiero que vengas. ¿Comprendido?

—No tienes derecho a...

—No lo alarguemos más. En realidad, yo vine aquí para que me explicases todo cuanto viste después de marcharme yo. Todo cuanto viste y oíste, se entiende. Y me lo vas a contar en tanto te vistas. Hale.

La empujé hacia el dormitorio. La chica ya no dijo nada más, hasta llegar a la puerta. Antes de entrar quiso cerrarla, dejándome fuera.

—Ni pensar en eso, pequeña. No pienso perderte de vista. Y quiero que hables.

—¿Qué tengo que decir?

—Todo lo que ocurrió allí cuando se descubrió el cadáver de mi tía. Por cierto, ¿quién lo hizo?

—Yo... yo me asusté al verle a usted. Al principio, me dije que no podía ser, que era otra persona. Pero aunque le había visto sólo una vez pocas horas antes, me acordaba bien de usted...

—Sé que no estoy mal.

—De momento no supe qué hacer. Luego, comprendí, que lo mejor era llamar a alguien de la casa. Me pareció que la persona más a propósito era *mistress* Hampshire...

—Naturalmente, te refieres a tía Elizabeth.

—Sí. Ella se asustó mucho. El mayordomo apareció de no sé dónde. Abrimos la puerta, y *mistress* Elizabeth Hampshire gritó muy fuerte. Había sido la primera en entrar; cuando el mayordomo y yo entramos, comprendimos por qué había gritado. Yo le había dicho a *mistress* Hampshire que le había visto a usted meterse en aquel cuarto, y ella dijo en seguida que usted la había matado para impedir modificar el testamento. Entonces, oímos ruido fuera, en el jardín. Yo me asomé a la ventana y vi a dos hombres. Uno de ellos arrastraba al otro. Se lo dije a *mistress* Hampshire, y ella dijo que debían ser usted y el cómplice que le habría ayudado.

—¿Qué hicieron aquellos dos hombres?

—Salieron muy de prisa de los jardines, y dejé de verlos; pero casi en seguida oí el motor de un coche, alejándose...

Lancé una exclamación. ¡Naturalmente! Aquel coche que pasó tan cerca de mí era el que habían utilizado mis dos atacantes para huir de allí. Por eso la policía no los vio al llegar. Por lo visto, uno de ellos —probablemente el que cayó en el rosal— había recobrado pronto el conocimiento y sacó a su compañero del estanque de los peces de colores y se lo llevó allí. Debían haber dejado el coche cerca.

Sue forcejeaba con una cremallera.

—¿Te ayudo?

—Bueno...

—¿Qué más ocurrió? —pregunté, sonriendo.

—Pues... llamamos a la policía. Vinieron casi en seguida. Impresionaron fotos, tomaron la hora, pidieron declaraciones... El forense dijo que había sido muerta no hacía más de una hora: probablemente, menos. El policía que mandaba el grupo se

mostró disconforme cuando *mistress* Hampshire le acusó a usted de haber matado a...

—¿Cómo se llamaba aquel policía?

—Archie... Mac Row... creo...

—Archie Mac Rae —corregí—, teniente de la Brigada 21.

—Sí; sí, Mac Rae, eso es. *Mistress* Hampshire le dijo que si no creía sus palabras tendría que creer las mías, ya que era yo quien le había visto a usted. Tuve que volver a decirlo. El policía me miró de un modo muy raro. Me pareció que dudaba de mí.

—Puedes estar segura de eso —reí—. ¿Qué dijo el forense de la forma en que fue muerta tía Carolina?

—De momento sólo podía asegurar que había sido estrangulada, pero afirmó que más adelante, tras la autopsia, podría dar datos más concretos y seguros.

—¿Acaso existía alguna duda respecto a la muerte por estrangulación?

—No lo sé. Yo le estoy repitiendo las palabras del médico forense. El policía Mac Rae aceptó la preopinión del forense. Un poco más tarde, después de haber estudiado detenidamente la habitación, comentó con uno de los hombres que le acompañaban que el asesinato parecía haberse llevado a cabo en el sillón de ruedas, como demostraban las perlas sueltas, caídas por el suelo, del collar de... de su tía. Probablemente, el collar fue roto durante el forcejeo de la estrangulación. Luego, la víctima fue llevada a la cama.

—Eso es absurdo. He leído muy poco sobre criminología, pero estoy seguro de que ningún asesino —o casi ninguno— toca a su víctima una vez muerta ésta. La deja donde ha muerto. A menos..., a menos que hayan buenos motivos para moverla del sitio. ¿No dijo nada sobre esto el teniente Mac Rae?

—Si lo dijo, yo no lo oí.

—¿Tampoco dijo nada respecto a la extraña postura de tía Carolina en su cama? No es lógico que si el asesino se decide a llevar a su víctima a la cama —cosa que dudo—, la deje al revés, con los pies en la cabecera.

Comprendí que Sue estaba tan desconcertada como yo, y no insistí en más preguntas respecto a lo sucedido.

Pero sí le hice una pregunta que la atañía directamente:

—¿Adónde ibas tú cuando me viste?

—Acababa de administrar un sedante a *Mistress* Hampshire, que me había llamado; parece ser que el brazo le dolía, impidiéndole dormir. Me preguntó por su tía de usted, y le dije que suponía que estaba descansando, pero que al cabo de una hora tenía que ponerle una inyección, y, posiblemente, administrarle algunas gotas de digitalina.

—Sí. Tía Carolina tenía bastante débil el corazón en los últimos tiempos... ¿Para qué era la inyección?

—Un calmante. El doctor Shepard me ordenó que vigilase a la enferma cada dos horas. Creo... creo que en un par de días su tía se había agravado alarmantemente.

Me reproché ácidamente no haber acudido con más asiduidad a la mansión de tía

Carolina. Durante aquellos dos días de empeoramiento, yo había estado dedicado de lleno a cerrar el cerco en torno a Nora. Nora Owens. Entonces, comprendí las extrañas circunstancias en que la había conocido, cinco días antes. Comprendí muchas cosas. Comprendí, en suma, que todo había sido planeado con antelación.

La cosa sucedió así: Debían ser las siete de la tarde, quizá algo más, y fui a comer a *Chino's*, como tenía por costumbre. Dejé mi viejo cacharro aparcado junto a la acera, entré en el local y me senté en la mesa que Wong —chino auténtico— me reservaba siempre para aquella hora. La mesa estaba situada cerca de la ventana, de modo que podía ver la calle mientras comía.

Pero aún no había tenido tiempo ni siquiera de encargarme nada, cuando vi a una joven junto a mi coche; me sorprendió ver que, de pronto, se inclinaba y pulsaba el claxon con brevedad. Parecía nerviosa.

Cuando le pregunté si podía serle de utilidad, me miró con desprecio y volviéndome la espalda. Debía estar harta de tipos que aseguraban poder serle de utilidad.

La toque en un hombro, con un dedo. Cuando se volvió, fruncido el ceño, dije irónicamente:

—¿Cree que el claxon de mi coche puede serle de más utilidad que yo?

Nora Owens abrió la boca y los ojos. Comprendí que la había sorprendido.

—¿Su coche?

—Y suyo, preciosa.

—Le... le ruego que me disculpe. Creí... Bueno, un amigo mío tiene un coche idéntico a éste. Prometió venir esta tarde a buscarme para llevarme a Hollywood. Vi el coche desde la ventana de mi apartamento —señaló hacia el edificio enclavado al costado izquierdo de *Chino's*— y creyendo que era él, bajé. Al no verlo, creí... Bueno...

—Usted temió que su amigo estuviese echando un trago, ¿no es eso?

—Pues sí. Y... precisamente, hoy se ha hecho algo tarde... Es raro que todavía no haya llegado...

—Estoy yo aquí —dije, con petulancia—. Y conozco el camino hacia Hollywood tan bien como pueda conocerlo su amigo.

—¡Oh! —Su boca se redondeó—. Bueno, no sé... ¿De verdad no le importaría...?

—Será un placer. Pero sentiría que su amigo se disgustase.

—Soy yo quien tiene que estar disgustada con él. Además, esto me dará motivos para despedirle. En realidad, estaba ya aburrida de él. No es más que un latoso pesado. Quiere casarse conmigo.

—Eso no me parece tan mal.

—Es que... Bueno, él es muy exigente.

—Comprendo, comprendo. Yo no lo soy tanto como él —sonreí—. De momento, tampoco quiero casarme con usted. Pero puedo llevarla a Hollywood. ¿Acepta?

—Si de veras no le molesta... ¡Es tan tarde...!

La llevé. Supe que trabajaba en un *night club* llamado *River Club*, y aquella misma noche la vi actuar.

Durante el regreso de la segunda noche, desvié el coche hacia un caminillo que bifurcaba hacia la derecha. Luego, eché los frenos al coche y solté los míos. Besaba bien, y no protestó de mi audacia manual. Por lo menos no demasiado.

Nora había sugerido alguna vez acudir a mi apartamento, pero yo siempre tenía alguna excusa preparada para evitarlo. Sabía que no podía obtener mi dirección por el listín telefónico, pues —zorro viejo ya— mi línea era privada.

Fue entonces cuando me hice esta pregunta: ¿cómo era posible que Nora se hubiese presentado al día siguiente del asesinato de tía Carolina —o sea aquella misma mañana— en mi apartamento, si desconocía la dirección? La respuesta era de una lógica aplastante: se lo habían dicho. Probablemente, mi amigo telépata.

Había quedado abstraído. De pronto, me di cuenta de que Sue Gaskell me estaba mirando fijamente esperando mi iniciativa.

—Iremos a verla —dije.

—¿A quién?

—A una chica llamada Nora Owens. Esto te convencerá de que yo no he tenido nada que ver con el asesinato de mi tía. ¿Sabes? —La miré sonriente—: Cuanto más te miro, más me gustas...

—¡Es usted un... un... un...!

La estrujé contra mi pecho y la besé en la nariz.

—Cálmate —repetí—. Cuando te indignas se te hincha la nariz.

—¡Oh! Pero...

No sé qué iría a objetar, pues, de pronto, tuve que taponarle la boca con una mano, haciéndola enmudecer. Ella se debatió hasta que oyó las palabras que yo susurré junto a su oído.

—No alborotes. Tenemos visita.

La arrastré hasta el interruptor de la habitación y apagué la luz. Sue había decidido obedecerme, lo cual me hizo enorgullecerme tontamente de ella.

—¿Oyes? —pregunté, muy quedo.

Asintió con la cabeza. Estaba muy asustada. Y yo también lo hubiese estado, oyendo hurgar en la puerta del apartamento de la estupenda enfermerita, si no hubiese llevado en un bolsillo interior de mi chaqueta la «Luger» de Archie.

Por fin, quien fuese, consiguió abrir la puerta del apartamento.

CAPÍTULO VII

INTENTO DE ASESINATO

Luego, oímos cómo la puerta era cerrada.

Oímos unos susurros, y pasos. Por éstos, comprendí que por lo menos uno de los dos hombres que me parecía que debían haber allí, se dirigía hacia la cocina, aseo...

—No está —notificó con voz ronca.

—Claro que está, idiota. ¿Crees que se iba a marchar dejando todas las luces encendidas? ¿Por qué hacerlo?

—La del dormitorio está apagada.

—Precisamente. La muñeca nos ha oído, y se ha escondido en su cuarto, llena de miedo. ¡Pobrecita!

—¿Tú crees que es necesario...?

—¡Cállate, idiota! No hay por qué asustarla más de lo que ya debe estarlo. Entra a por ella, y si está... ya sabes.

—Está bien.

Al principio, había creído que venían a buscarme a mí, posiblemente, enviados por el telégrafo, que era la única persona que sabía que yo estaba allí. En el acto, comprendí que no tenía objeto pedirme un millón de dólares y matarme cuando yo había accedido a pagarlo. Sí, debí comprender en seguida que venían a por Sue Gaskell. Pero... ¿por qué querían matarla?

Sólo se me ocurría una cosa: que ella supiese algo, que hubiese visto u oído algo que no conviene al asesino o asesinos. Eso restringía el número de sospechosos. Es más, lo reduciría de tal manera que sólo podían ser aquellos que, en un momento u otro, hubiesen estado cerca de Sue. Podían ser:

Charles Trytell, el notario; Gordon Shepard, el doctor; Perry el mayordomo; Lucille, la doncella de tía Carolina, a la cual ni siquiera había podido ver yo cuando fui con Archie a Hampshire House. También estaba tía Elizabeth, aunque me pareció algo difícil que se pudiese estrangular a nadie con un cordón utilizando una sola mano. Tampoco me parecía posible que tía Elizabeth pudiese llevar el cadáver, de tía Carolina hasta su cama.

El tipo se plantó ante la puerta, con las piernas abiertas, y graznó:

—Vamos, muñeca, sal a ver a tu amorcito...

Fui yo quien apareció en el vano de la puerta, empuñando la pistola y dispuesto a anticiparme a los disparos de los dos «killers». El tipo que me había llamado «muñeca» y que se atribuía la delicia de ser mi «amorcito», abrió la boca con gesto de auténtico idiota. Seguramente pensaba que yo no era su tipo.

—Levanta las alas, alondra... —mascullé—, pero no te echés a volar, dejando en tierra a tu «muñeca». Quieto tú, puerco —amenacé al otro, que intentaba llevarse la mano derecha al bolsillo—. Al primero que mueva las patas, lo quemó.

De pronto, me eché a reír.

—Vamos, alondra —dije cuando acabé de reír—, colócate junto a tu compañero y poneos los dos de espaldas a mí. ¿Qué tenéis en la cara? No me digáis que habéis tropezado los dos con la misma puerta. Con la cara tan estropeada yo no saldría a la calle. Así, quietecitos...

Con la mano izquierda les palpé todos los bolsillos y el borde del pantalón.

—De acuerdo. No lleváis armas. Volveos...

Se volvieron. Pero con tanta rapidez que no pude evitar que me desviarán el arma de un manotazo; esto lo hizo uno de ellos. El otro, más expeditivo, me tiró al otro extremo de la pieza de un puñetazo en el pecho, haciéndome saltar la «Luger» de la mano.

Se llevaron las manos a los bolsillos, e inmediatamente comprendí por qué no llevaban pistola; también comprendí que yo no era tan de cuidado como me parecía. Cuando sacaron las manos, oí un chasquido en cada una de ellas, y vi las brillantes hojas de las navajas de resorte.

Me entró frío.

De un salto, me puse en pie. Acto seguido, me lancé en plancha hacia el lugar donde había caído la «Luger». Llegué a tocarla, pero no a cogerla, pues el pie de uno de los tipos me desolló la mano al clavármela en el suelo con el tacón de su zapato. Alargué desesperadamente la otra mano, pero un puntapié en ella me hizo sentir un calambre en todo el brazo. La pistola, también golpeada, fue hacia la habitación de Sue, que había aparecido en el umbral de la puerta gritando asustada.

—¡La pistola, Sue —grité desde el suelo—, la pistola...!

Uno de los tipos corría hacia Sue, navaja en ristre, al tiempo que decía a su compañero:

—Dale fuerte, Cragg. Recuerda que el tipo pega duro.

Fue cuando comprendí, de pronto, que aquellos tipos tenían la cara estropeada debido a los golpes que recibieron al pie de la ventana de tía Carolina, en County Hill. Pero como estaba seguro de que el brazo de uno de ellos había quedado roto, llegué a la rapidísima conclusión de que el otro era el enemigo de mi apartamento, el tipo que se había llegado allí para dejarme un trozo de testamento quemado.

El que se dedicaba a mí, quiso darme en la cara con un pie, pero no lo logró, porque yo ya estaba volando hacia el que quería ensartar a Sue.

Llegué con el tiempo justo para agarrarlo por los cabellos, el sistema que me pareció más radical para detenerlo en seco. El tipo se volvió, y quiso golpearme con la mano izquierda.

Perdió él.

Agarré su mano izquierda con mi derecha, mientras mi izquierda se hundía hasta el codo en su estómago. El hombre quedó como una oruga pisada, que retuerce lo que queda de ella, agónicamente.

—¡Cuidado...!

El otro se me había echado encima, golpeando mi vientre con un rodillazo que hubiese acabado la pelea si yo no me hubiese encogido, amortiguando muy considerablemente el golpe.

Metí la mano bajo la chaqueta del tipo, de corte recto, y le agarré una tetilla por la parte interna superior, apretando con verdaderos deseos de hacer daño.

Mi contrincante lanzó un rugido horrible, e intentó clavarme la navaja. Fue entonces cuando, asombrado, caí en la cuenta de que, hasta aquel momento no lo habían intentado ni él ni su compañero. ¿No querían matarme? ¿Por qué? Cada vez más asombrado, me ratifiqué en mi opinión. Sí, seguro, no querían matarme. De ser así, de querer matarme, ya lo hubiesen podido hacer segundos antes. ¿Por qué no querían matarme?

Pero eso había sido antes. Ahora, el tipo estaba tan dolorido y furioso que sí quería matarme. No podía permitírselo, claro. Me ladeé, al mismo tiempo que le soltaba la tetilla para agarrar con mis dos manos la suya armada con la navaja. Conseguí hacerlo por el dorso; entonces me agaché di una vuelta sobre mis pies y quedé detrás del tipo, con su brazo bien cogido y pegado a su propia espalda. Se lo levanté un poco, hasta que su mano soltó la navaja. Luego, continué subiendo, a fin de obligarle a inclinarse siguiendo la torsión a que le forzaba. Cuando estuvo a la altura que yo quería, solté, de pronto, y sin darle siquiera tiempo a que se tambalease, le golpeé la nuca con el canto de la mano derecha, la misma que me había desollado él pocos segundos antes.

Cayó fulminado.

Me volví hacia la enfermerita.

—¡La pistola, Sue! —jadeé.

Pero la chica no pudo agarrarla, porque el otro tipo se había recuperado lo suficiente para que la pelea continuase. Se deshizo de Sue con una brutal bofetada que hizo desaparecer a la chica en el interior de su habitación, con un chillido que me encendió la sangre.

Cuando el tipo se inclinaba para recoger la pistola, yo también estaba allí, y le lancé un tremendo puntapié.

El hombre se puso a rugir espantosamente. Pero no se olvidó de la pistola, con la que disparó un par de veces, a ciegas, desorientado por el dolor y por mi rápida movilidad.

Cuando se quiso dar cuenta estaba volando por los aires. Cayó sobre una punta del sofá, de espaldas, aunque continuaba con la pistola firmemente empuñada.

Comprendí que no podía dejar que se recuperase, y cuando apenas había ganado el equilibrio, mi mano izquierda se cerró férreamente en torno a la muñeca de la mano armada.

Puse todas las fuerzas que pude reunir en aquel puñetazo dirigido a la barbilla.

Acerté.

De lleno. Y el tipo salió disparado hacia atrás, tropezando, ya perdido el

conocimiento, pero todavía sosteniéndose tambaleantemente en pie.

Yo mismo grité cuando vi lo que iba a suceder. Quise impedirlo, pero llegué a la ventana cuando ésta ya había reventado por el impacto de su cuerpo, y el hombre se precipitaba al vacío acompañado de miles de astillitas cristalinas.

—¡Dios mío!

Oí el choque de su cuerpo contra la acera. Me estremecí, pero no podía perder tiempo, y tuve que sobreponerme. Ahora, menos que nunca podía permitir que me cogiese la policía. ¿Qué maldito embrollo era aquél?

Hacia ya algunos segundos que sonaban golpes de llamada en la puerta del apartamento. Corrí hacia el dormitorio de Sue, la levanté y la cacheteé suavemente.

—Vamos, pequeña, vamos —estaba excitado, sudoroso, y tenso—. Tenemos que marcharnos de aquí en seguida. No toques nada, no te entretengas en nada. ¡Vámonos!

Cuando abrí la puerta, lo hice gritando:

—¡Llaman a la policía! ¡Que nadie toque nada, ni entre! Tienen que llamar al teniente Mac Rae, de la Brigada 21, en tanto yo llevo a la señorita a que la atiendan.

El conserje, que me había preguntado al subir adónde iba, se me interpuso.

—¡Apártese, cretino! —le apostrofé—. ¿No ve que la señorita va herida? Tengo que llevarla inmediatamente a...

—¿Qué... qué va a hacer?

—¡Cállate! —le gruñí a Sue, como si ella tuviese la culpa de algo.

Poco más allá de media manzana, divisé un taxi. Lo llamé y me colé en su interior tras empujar a Sue delante mío.

—Lo más lejos posible de aquí —ordené el chófer—. Y de prisa.

Ella se atrevió a preguntar entonces:

—¿Adónde vamos?

Sonreí. Toqué al chófer en un hombro y ordené:

—Al 504 de Palisade Avenue.

—¿Quién vive allí? —me preguntó Sue.

—Nora Owens. ¿Te habías olvidado de ella?

CAPÍTULO VIII

ESTAMOS VIENDO UN CADÁVER

Por supuesto, yo ya sabía dónde vivía Nora. Nada menos que al lado de *Chino's*, lugar al que casi rutinariamente acudía yo a hacer la última comida del día.

—Allí —indiqué al conductor del taxi.

El conserje no tuvo nada que objetar cuando le explicamos que éramos amigos de *miss* Nora Owens; se limitó a advertirnos la posibilidad de que ella ya no estuviese en su apartamento, habida cuenta de que trabajaba en un *night-club* de Hollywood.

—Sin embargo, ella nos espera —afirmé.

—Quizá hoy no trabaje —se encogió de hombros—. Apartamento 217.

—Un momento —pedí—. ¿Cuánto tiempo hace que *miss* Owens se aloja aquí?

—No más de un par de semanas. Pero, señor —parpadeó—, usted debe saberlo muy bien, ya que...

—Sí, sí, ya sé. Creo que en un principio venía a recogerla un tipo que conducía un «Ford» negro, modelo del cincuenta y cuatro. ¿Me equivoco?

—Me temo que sí, señor. Que yo recuerde, nadie, excepto usted, ha mantenido ninguna clase de relaciones con *miss* Owens... Por lo menos durante su estancia aquí.

—Está bien —dije—. Creo que subiremos a verla.

En un minuto, llamé por tres veces, sin obtener respuesta. Fue a partir de la tercera vez que comencé a temer algo. No sabía, concretamente el qué, pero algo ocurría.

—Espérate aquí, Sue.

Descendí en el elevador, buscando la máxima rapidez. El conserje me miró levemente extrañado.

—*Miss Owens* se cerró por dentro y ahora no recuerda dónde guardó el llavín —mentí a la descarada—. Me ruega que me preste su duplicado.

Tres minutos más tarde introducía el llavín en la cerradura y la puerta se abrió silenciosamente.

Todas las luces estaban apagadas. No era normal eso, habiendo en aquel apartamento una persona que espera la visita de otra. El interruptor estaba a la izquierda de la puerta del apartamento. Di la luz.

Nora no se molestaba entonces en ocultar sus esbeltas y llamativas piernas.

Sus ojos estaban abiertos, fijos pertinazmente en el techo. No parecía haber sufrido violencia alguna.

Esta última impresión se esfumó cuando, al volverla cara al suelo, vi la gran mancha de sangre que comenzaba a coagularse en su espalda.

Volví a dejar a Nora tal como la había encontrado, procurando no modificar le cerré los ojos, ya vidriosos.

—La... han asesinado —tartamudeó Sue.

—Eso parece.

Aquello podía parecer absurdo, pero no lo era. Resultaba obvio que Nora había sido asesinada en previsión de que pudiese decir algo de lo mucho que posiblemente sabía.

Y de pronto, sentí un enorme frío en todo el cuerpo.

Otra trampa destinada al incauto Conan Stewarts.

Nora Owens había sido una de las pruebas más fehacientes contra mí, al presentarse en mi apartamento aquella mañana mostrando su magnífico collar de veintitrés mil dólares que decía era obsequio mío. Nora Owens, por tanto, había cumplido su misión.

Después de esto, aparecía asesinada.

¿Quién podía ser el asesino sino yo, escapado de la policía, y con motivos más que fundados para acallar aquella enojosa testigo?

La trampa se cerraría inexorablemente. El conserje del edificio aseguraría que yo había estado allí y que...

Me volví hacia Sue. La muchacha continuaba en el mismo sitio, inmóvil. Ella era mi única coartada. Ella, sólo ella, podía decir la verdad respecto a lo sucedido. Sólo ella podría jurar que yo no había matado a Nora Owens, ya que cuando llegamos los dos a su apartamento, ya estaba muerta.

En aquellos momentos hubiese dado cualquier cosa por ser uno de esos tipos que sacan deducciones hasta el máximo de la exposición de una escena como aquélla.

Por primera vez en mi vida, comencé a admirar a la policía, a Conan Doyle — ¡diablos, mi homónimo!—, a Poe, a Chesterton. ¡Ésos sí que eran grandes tipos!

Pero yo, ¡maldita sea!, no tenía ninguna cualidad deductiva.

Vi un pequeño armarito y me dije que sólo podía ser la imitación de un mueble-bar. Me dirigí hacia allí. Lo era. Había vasos, *whisky*, ron y ginebra. Regularmente surtido.

Cogí dos vasos y vertí en ellos una discreta dosis de ron. Me acerqué a Sue y le tendí uno. El contenido del otro fue a parar a mi estómago de un solo trago.

Aunque menos que a la enfermerita, me temblaban las manos. Volví junto al mueble-bar y me serví otra dosis algo mayor. Ésta la fui bebiendo más despacio, mientras mis ojos recorrían lentamente la pieza.

Y, de pronto, ya no envidié en absoluto a ninguno de esos tipos que poseen dotes deductivas.

Lo vi.

Allí estaba.

Allí había estado al alcance de mis ojos desde el mismo momento en que entré en el apartamento.

Pero todavía permanecí unos segundos inmóvil, paladeando el ron, mientras me decía que la suerte casi nunca suele estar a favor de los inocentes.

Terminé el ron, recogí el vaso de Sue y, junto con el mío, los llevé a la cocina, los

lavé, para borrar huellas digitales, y los coloqué de nuevo en el mueble.

Sólo entonces, muy despacio, fui hacia el teléfono, situado en una pequeña mesita. El auricular estaba descolgado, colgando por el hilo. No lo toqué. No era eso lo que interesaba, sino el listín telefónico, éste estaba en el suelo, cerca de la mesita, abierto por determinado punto y al revés. Sin perder dicho punto, lo volví hacia arriba.

Y respingué.

Durante unos segundos creí que era una vulgar trampa destinada a un novato como era yo en cuestiones policíacas. Pero quizá no lo era. Me fijé más atentamente en Nora. Con riesgo de equivocarme, llegué a la conclusión de que ella no había muerto instantáneamente al recibir las dos cuchilladas en la espalda, sino que, después de marcharse su asesino —me dije que sólo podían ser dos tipos que habían aparecido en el apartamento de Sue—, había intentado efectuar una llamada telefónica. Tan sólo consiguió abrir el listín por aquel punto y descolgar el teléfono. Entonces, le llegó la muerte; quedó colgando el auricular, cayó el listín con la abertura hacia el suelo, conservando el punto que abriera Nora...

Palidecí cuando vi las letras que ostentaba aquella página. Rápidamente, busqué, hasta concretar mis sospechas.

No.

No podía ser.

Aunque..., ¿por qué no?

Fui hasta Sue y la agarré por un brazo.

—Vámonos —dije.

—Pero..., pero... ¿Vamos a..., vamos a dejarla... así...?

—La policía hará lo que sea más conveniente. No es aconsejable tocar nada. Ellos suelen llegar a sus conclusiones basándose en lo que ven. Si tocamos algo, los confundiremos.

—¿Quién..., quién lo ha...?

—Todavía no lo sé —miré a Nora, y sentí compasión de ella...

—¿Adónde vamos? —preguntó Sue.

—A ver a un hombre que tiene que saber algo de todo este lío tan sucio. No sé si... —hice una pausa—. Bueno, quiero decir que no sé si te habrás convencido de que yo no soy un asesino... Todo esto va encaminado a culparme a mí de diversos asesinatos. Y no he cometido ninguno. ¿Cómo iba, pues, a asesinar a tía Carolina?

—No..., no sé...

—¿Quieres decir que no entiendes lo que te estoy diciendo?

—No...

—Pues es muy fácil. Primero, me imputan la muerte de tía Carolina. Luego, van a matarte a ti cuando saben que haría pocos minutos que yo habría salido de allí, en dirección hacia aquí, hacia el apartamento de Nora. Desde luego, los dos tipos que fueron a tu apartamento habían matado antes a Nora. Luego, cuando calcularon que

yo habría salido ya hacia aquí fueron a matarte a ti. De este modo, yo cargaría con las dos muertes. La de Nora, por haberse presentado en circunstancias tales que me acusaban; y la tuya, porque eres la única persona que podría declarar en el juicio que me viste salir de la habitación de tía Carolina. Muertas tú y Nora antes de haber firmado declaración alguna..., ¿quién podría presentar testigos contra mí? Sólo estáis vosotras. Y si os asesinan, ¿quién puede tener más interés que yo para hacerlo?

—Eso..., eso quiere decir que..., que quieren que usted, de una forma u otra sea acusado de asesinato...

—De asesinatos —pluralicé sombríamente—. Espero que, por lo menos tú estarás convencida de mi inocencia.

—Yo... no sé... Usted, ¿se comportó de un modo tan raro!

—Ésa fue mi desgracia. Quise hacer una chiquillada, jugarle una broma a tía Carolina presentándome por la ventana, ya que, aunque sabía que ella siempre la mantenía cerrada por la noche, yo conocía la forma de abrirla desde hace más de catorce años. Era un viejo juego entre ella y yo... Además, estaba aquella llamada telefónica, la del telémeta... No sé, tuve esa idea. Quise hacerlo así.

—Pero cuando vio que su tía estaba muerta, no debió huir de mí al verme.

—Intuí que aquello era una trampa contra mí, y cuando cerré la puerta rápidamente tuve la esperanza de que no me hubiese visto.

—¿Qué hacían aquellos dos hombres allí?

—Eso es algo que yo también quisiera saber. Debemos suponer que uno de ellos fue quien apretó la tira de cuero en torno al cuello de tía Carolina. Uno de ellos fue esta noche a tu apartamento.

—¿Eran los mismos?

—Uno sí. El otro era el que me golpeó en mi apartamento. Queda un tercero, que no puede actuar de momento, pues creo que le partí el brazo por algún punto... quizá el codo... Luego, está aquella llamada al teléfono privado de tía Carolina, cuando yo estaba allí... Eso significa una gran organización, casi adivinar lo que yo iba a hacer... Todo esto es absurdo. Y no creo que sea por la herencia de tía Carolina, a la cual sólo podemos aspirar tía Elizabeth y sus hijos o yo. Nadie más saldría beneficiado con la muerte de tía Carolina.

—¿No puede haber sido su tía Elizabeth, o alguno de sus hijos?

—Mis primos no estaban anoche todavía en Hampshire House. En cuanto a tía Elizabeth, ¿te la imaginas trepando por la enredadera, estrangular a tía Carolina en el sillón —dónde posiblemente estaba meditando—, llevarla a la cama y desaparecer por la ventana? No sé si te he dicho que la habitación de tía Carolina estaba cerrada por dentro. Sólo había, pues una forma de entrar en ella: por la ventana.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Iremos a hacer una visita muy interesante. Nora Owens, antes de morir, nos ha dejado su dirección.

—¿Vio algo que valiese la pena en el listín?

—Ajá. Y deja de tratarme con tanta ceremonia. Tutéame. Y bésame.

Salimos del apartamento.

Cuando estábamos a punto de alcanzar la calle, el conserje nos llamó:

—¡Eh! ¿Qué hay de la llave?

—Perdone, amigo —se la devolví.

—¿Estaba *miss* Owen en su apartamento?

—Seguro. Ya está solucionado todo para ella. Gracias por la llave.

Era ya más de la una de la madrugada. Tomamos un taxi y ordené:

—Beebee Street, 2002. De prisa.

CAPÍTULO IX

DEMASIADOS CADÁVERES

Beebee Street es una de esas calles en las que hace falta mucho dinero tan sólo para transitar por ellas.

Muy bien. Pues allí, en aquel lugar estupendo, vivía Charles Trytell, el notario de tía Carolina. Eso me hizo suponer que, efectivamente, tal como indicaba su tren de vida, Trytell tenía unos ingresos francamente envidiables.

Todavía me estaba preguntando sí era casualidad el hecho de que el listín telefónico de Nora se hubiese mantenido abierto por la página en la que estaba el nombre de Trytell.

¿Era o no era casualidad?

Lo fuese o no, mis conjeturas, forzosamente, tenían que llevarme a visitar a aquel hombre agradable de aspecto y de trato.

Sue estaba muy pegada a mí cuando tiré de la cadenilla que se introducía en la casa como una campanilla al extremo.

La oímos sonar, pero pese a esperar durante un par de minutos, nadie acudió a abrir.

Repetí la llamada, y nuevamente oímos la campanilla.

Esta vez esperamos tres minutos.

Al cabo, dije:

—Tendremos que entrar como podamos, cariño.

—¡Oh, Conan! ¿Y si...?

—Tenemos que ver cuanto antes a Charles Trytell. Quizá él sepa algo de todo esto. Nora tenía abierto su listín telefónico por una página en la que estaba el nombre del notario. No sabemos por qué. Por lo tanto, estimo que debemos averiguarlo.

Rodeamos la verja, buscando un punto por el que poder saltar al interior del jardín que rodeaba la quinta. Y hallamos ese punto.

Sue no protestó cuando la dificultad de la escalada me forzó a sostenerla de forma harto íntima.

Estábamos en un lugar desde el que se divisaba el lado izquierdo de la quinta, vista de frente. No había ninguna luz.

—No lo encontraremos —mascullé, contrariado.

Nos deslizamos silenciosamente hacia el ventanal de aquel lado. Estaba abierto, buscando el frescor de la noche californiana. Eso indicaba que había alguien en la casa o que Trytell no temía a los ladrones.

Entramos por allí; nos encontramos en un espacioso *living-room* a oscuras. Sue no se soltaba de mi mano.

Y de pronto, vimos que todas nuestras precauciones y preocupaciones relacionadas con Charles Trytell eran por completo innecesarias.

Estaba allí, desde luego.

Parecía descansar apaciblemente en una colosal *chaise-longue*. Pero, en realidad, estaba muerto.

—Enciende la luz, Sue.

—¿Está muerto? —preguntó.

—Tú sabes más de esto que yo —argumenté—. ¿Qué opinas?

—Muerto —susurró.

—Está bien. Apaga la luz.

Sue apagó la luz.

Y fue entonces cuando reparé en lo que habían visto mis ojos.

—Sue, enciende la luz otra vez.

Cuando lo hizo, me incliné junto al cadáver del notario. Allí, en el suelo junto a la *chaise-longue*, había un trozo de algo blanco que yo sabía lo que era, pero que no asimilaba en aquel momento.

—¿Qué es Conan?

—No lo sé... Mejor dicho, lo sé, pero ahora no comprendo...

Sue se había acercado. Cogió el pequeño trozo de aquel algo blanco y dijo al instante:

—Es un trozo de yeso.

—¿Yeso? ¡Claro! Es un...

—Es el yeso que se utiliza para los huesos rotos. Bueno, quiero decir...

—Te he entendido. Debemos creer que quien mató a Trytell llevaba un brazo, una mano, una pierna o lo que fuese enyesado... Aunque quizá no fuese esa misma persona quien lo mató...

De pronto, me estremecí. ¿Por qué no? ¿Por qué no podía haber sido esa misma persona quien había matado a Trytell? Y esa persona era...

Miré a Sue.

—Me imagino, Sue, que en Los Angeles habrán centenares de lugares en los cuales puedan atender a un hombre con un brazo roto.

—Así es.

—Entonces, la cosa va a resultar difícil. Sin embargo, todo tenemos que intentarlo. Vámonos de aquí.

—¿Adónde?

—Ni yo mismo lo sé. Tendré que pensar algo por el camino hasta que encontremos un teléfono público.

—¿A quién vamos a llamar?

—A un amigo mío. Vamos.

* * *

Era una voz extraña, desconocida para mí, la que gruñó:

—Diga.

—Quiero hablar con Mac Rae.

—¿Para qué?

—Para felicitarle las Navidades.

—¿Se cree gracioso, amigo? Estamos en setiembre...

—Entonces le felicitaré su cumpleaños. Llame a Mac Rae, pronto.

Casi en seguida oí la voz de Archie.

—Mac Rae —dijo lacónicamente.

—¡Hola, chico!

—¡Conan! ¿Dónde diablos estás?

—En el infierno —reí—. ¿Qué mejor sitio para un diablo?

—Escucha, Conan. Tu pellejo no vale ni medio centavo.

—¿Tan poco?

—Quizá menos. Soy tu amigo, y aquí va mi consejo: preséntate inmediatamente en la Brigada, pregunta por mí y no abras la boca para nada más hasta que yo llegue.

—No pienso hacerlo, Archie.

—Estás loco. Se te acusa del asesinato de tu tía. Y no contento con eso, dejas centenares de huellas de tu paso por el apartamento de Sue Gaskell, la enfermera que atendió a tu tía en su última noche.

—¿Qué huellas he dejado?

—La más convincente es mi «Luger». Estaba en la agarrotada mano del hombre que cayó desde el apartamento de Sue Gaskell a la calle. Si la tenía él es que había conseguido arrebatártela a ti, pues eras tú quien me la había quitado a mí. ¿Recuerdas?

Me reí.

—¿Qué más?

—Cientos de huellas dactilares. Para demostrar más claramente que has estado allí sólo tenías que haber dejado su tarjeta de visita: Conan Stewarts, idiota de nacimiento.

—Ésa no es mi tarjeta de visita, precioso. ¿Qué sabes de la autopsia de tía Carolina? Cuando estuvimos allí vi que ya mostraba las cicatrices y malditos pegotes carniceros del corte del bisturí, pero no quise decir nada, ni preguntar nada, temí que no me sirviese de nada, pero quizá ahora las cosas sean distintas.

—Escucha, Conan; dame el número del teléfono al que tengo que llamarte y...

—¡Oye, oye...! ¿De verdad me consideras idiota?

—No pienso enviar a nadie a buscarte —su voz bajó de tono—. Pero tampoco puedo arriesgarme a que alguien oiga mis confidencias a un tipo que está siendo buscado por cientos de policías.

—Eso es grave —reí acto seguido, aunque el corazón pareció palpitarme más lentamente—. ¿Qué quieres saber?

—Dime tan sólo adónde tengo que llamarte dentro de un minuto.

—Te lo diré, Archie. Pero no me busques en este lugar si dentro de un minuto y un segundo no me has llamado.

—No seas suspicaz, ¡diablos!

—Ya, ya. Llama al... —miré el disco—. Llama al Law 3876. Yo estaré pegado al aparato durante un minuto y tres segundos; ni un instante más, Archie.

—Bien.

Colgó.

Ni siquiera había transcurrido el minuto cuando sonó el aparato.

Lo descolgué.

—Hola, Archie.

—Escucha, Conan. Ante todo, tengo que decirte que yo estoy completamente convencido de tu inocencia. Por eso permití que me abrieses la cabeza con la portezuela del coche.

—Hombre, lamento...

—Eso curará. Escucha bien: tu tía tenía levísimas pizcas de arsénico en el estómago, y cuando la mataron ya estaba en la cama, en el mismo lugar en que fue hallada, o sea a los pies de la cama. ¿Te dice algo esto?

—¿Murió envenenada?

—No. Murió estrangulada. Pero tenía muestras de arsénico en el estómago. No comprendemos por qué ni para qué. Pero algo resulta indiscutible: si tú no estuviste aquel día, ni los tres o cuatro anteriores, difícilmente pudiste envenenarla. Y, si la hubieses envenenado, no te hubieras molestado en estrangularla. Escucha, Conan: los policías no somos tontos; sabemos casi siempre a qué atenernos. Preséntate a nosotros, que nada puede ocurrirte.

—Te lo agradezco, Archie. Pero yo también tengo una pista que seguir.

—¿Cuál?

—Una —divagué—. Mientras tanto, toma nota de esto: intento de asesinato por los dos tipos que habéis encontrado ahí —uno en la calle y otro en el apartamento— en la persona de Sue Gaskell. Asesinato a cuchilladas de Nora Owens. Asesinato a balazos de Charles Trytell, el notario de tía Carolina. Eso es todo por el momento, Archie.

Su voz sonó excitadísima:

—¡Oye, Conan, eso tienes que...!

Colgué.

—¿Qué..., qué haremos ahora?

—Comer algo —reí.

* * *

Wong no alteró su rostro lo más mínimo al verme aparecer a aquellas horas.

—Buenas noches, señor Stewarts.

—Regulares, Wong. ¿Queda algo que me guste?

—Seguro, señor Stewarts. Usted sabe que en *Chino's* puede pedir lo que desee a cualquier hora y en cualquier época del año.

—¿De veras? Eso tendrías que demostrármelo.

—Pida.

—Sopa de tortuga, camarones, patas de rana, vino oscuro mexicano... —sonreí levemente—. Y un tipo que conozca los bajos fondos de Los Angeles mejor que su propia casa.

La comida tardó poco más de diez minutos. Fue llegando, a manos de Wong, en el orden en que yo la había encargado, todos los platos en su punto. ¿Por qué diablos me tenía Wong tanta simpatía?

Poco más tarde consulté el reloj. Las cuatro menos diez. Recordé que mantenía esa hora desde la noche anterior. Calculé que debían ser cerca de las dos de la madrugada, hora ciertamente intempestiva para presentarse a comer en cualquier sitio.

Wong estaba algo alejado de nuestra mesa, y ni siquiera pestañeó cuando un tipo con cara de pocos amigos, enormes espaldas, aspecto de pistolero y cara de sueño, se acercó a nuestra mesa.

El tipo se detuvo a menos de un metro, nos miró detenidamente y con descaro a Sue y a mí, finalmente, agarró una silla, la colocó ante nuestra mesa y se sentó en ella con el respaldo hacia adelante.

—Muy bien, señor Stewarts —gruñó—. ¿De qué se trata?

De momento creí que el hombre estaba loco; luego miré a Wong, y supe que éste había seguido al pie de la letra mis instrucciones respecto al menú y a lo demás.

Miré al tipo de cara de sueño directamente. Supe que Wong lo había arrancado de la cama por medio de una llamada telefónica, y, a la vez, que si estaba allí era porque Wong confiaba plenamente en él.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté.

—Barry. ¿Le sirve?

—Tanto da. Necesito encontrar a un pandillero que anoche se rompió un brazo, un codo, una muñeca, un hombro... Una sola de estas cosas se entiende. Ese hombre ha recibido ya los debidos cuidados y lleva el yeso. ¿Ha comprendido, Barry?

—Seguro. ¿Cuánto?

—Le daré quinientos dólares... dentro de unos días.

—¿Dentro de unos días? —Casi rugió.

Miró a Wong, se levantó y caminó hacia él.

Hablaron muy poco. El tal Barry se dirigió a la puerta del local y desapareció. Ni siquiera había vuelto a mirarnos a Sue o a mí.

—¿Para qué quieres a ese hombre con el brazo enyesado, Conan?

—El brazo se lo rompí yo. Y el tipo ha tenido las agallas suficientes para presentarse así en la quinta de Trytell y quitarlo de en medio. Hay que encontrarle,

debe ser una pequeña pieza de este gran rompecabezas.

—¿Por qué no dejas que la policía...?

—¡Ni hablar de eso, cariño! Tengo que ser yo quien primero le ponga la mano encima al tipo que ha querido convertirme nominalmente en un asesino. Creo que podré enseñarle algo. ¿Recuerdas a los dos amigos tuyos de hace un rato? Pues mi amigo telépata lo va a pasar todavía peor. ¡Cochino tipo...!

—Sin embargo, Conan... —Sue se estremeció.

—Sin embargo, llevaré este asunto hasta el final. Llamo final a encontrar al verdadero asesino, o bien que éste me mate a mí, o bien que la policía me atrape. Te aseguro, Sue, que si el tipo que mató a tía Carolina cae en mis manos, deseará que lo localice pronto la policía para arrancarlo de ellas.

—Pero... Bueno, ¿adónde vamos ahora?

—A ningún sitio. Esperemos aquí un rato. ¿Café?

Aceptó el café.

Tres cigarrillos más tarde, entró el tipo de cara de sueño..., sólo que ya no tenía cara de ello.

Se acercó a nosotros, se sentó en la misma silla de antes que todavía continuaba en el mismo sitio y en la misma postura, y gruñó:

—Se llama Guy Stromberg —dijo—. Está en la trastienda de la sala de billares Niágara, 364 San Francisco Street. Esta tarde ha sacado pasaje para Ahula Kwala, en la *Trans-Pacific Airlines*. El pasaje lleva fecha de mañana, 12:20 horas.

El simpático Barry iba a marcharse ya, pero lo retuve cogiéndolo por una manga.

—Necesito un «cuete», amigo Barry.

—Ya. De acuerdo —se introdujo la mano en el interior de su mal cortada chaqueta y extrajo una pistola—. Me lo esperaba. Tenga ésta. No tiene número. Contando el arma, la cosa le costará mil dólares.

—Le daré dos mil —prometí.

El súperinformado Barry me miró a los ojos, luego miró a Sue, a Wong, que permanecía inalterable unos metros más allá, y, finalmente, otra vez a mí.

Se encogió de hombros; luego, sin despedirse siquiera abandonó *Chino's*. También habló con Wong.

Hice una seña, y Wong se acercó.

—Ha sido un servicio estupendo, Wong... en todos los sentidos. Supongo que si quiero saber más de todo esto, te entrará sordera, ¿no?

—¿Cómo dice, señor Stewarts?

Lancé una carcajada.

—De acuerdo. Buen servicio, Wong. Todo muy bueno. ¿Crees que tu patrón se disgustará si cargas todos los gastos en mi cuenta durante unos días?

Wong se permitió sonreír.

—Procuraré arreglarlo, señor Stewarts. ¿Quizá le interese un taxi?

—Me interesa, pero ya lo buscaré yo mismo. Hasta la vista, Wong.

CAPÍTULO X

EL INSÓLITO ASESINO

Me puse a pensar en la información recibida de Archie por medio del teléfono. Según él, tía Carolina tenía leves pizcas de arsénico en el estómago.

—Conan...

—¿Qué?

—Continuaré contigo.

—Escucha, pequeña, anoche me conociste en Hampshire House. No me pareció que yo fuese de tu agrado. ¿Por qué quieres estar ahora conmigo?

—Creo..., creo que te quiero, Conan.

Suspiré.

—Te he dicho que te quiero, Conan. ¿Ni siquiera merezco una respuesta?

—Ahorremos palabras —susurré.

Yo sabía cómo besar a una mujer que dice amar a un hombre. Y Sue lo notó. Es ciertamente agradable comprobar que una mujer corresponde sinceramente a un beso en los labios.

Cuando el interior del taxi amenaza ya en convertirse en una *suite tête-à-tête*, el tipo del volante lanzó un gruñido:

—Trescientos sesenta y cuatro, San Francisco Street. Tres y medio.

Le di cinco dólares.

Tuvimos que llamar varias veces antes de que la puerta se abriese.

Apareció un tipo con cara de ningún amigo.

—¿Qué hay?

—Tenemos que ver a Guy —dije, gruñendo yo también—. Han surgido contratiempos y tenemos que avisarle de que el viaje debe ser aplazado.

—¿Qué viaje?

—Si comenzamos a perder el tiempo, las cosas irán peor todavía. ¿Podemos o no podemos ver a Guy Stromberg?

Aquel tipo era un mal encarado. Escupió vigorosamente al suelo. Y luego, entrecerrando sus astutos y poco inteligentes ojos, permitió:

—Muy bien, pasen.

Acabó de abrir la puerta cediéndonos paso. Sue y yo entramos rápidamente. El tipo estaba de espaldas a nosotros, cerrando la puerta. Cuando se volvió, estuvo a punto de gritar. Un buen culatazo en el centro de la estrecha frente le impidió hacerlo.

Lo recogí en mis brazos, evitando el ruido de su cuerpo contra el suelo.

—Vayamos hacia dentro, pequeña.

La sala de billares era increíblemente grande y muy destartalada. Vimos la puerta al fondo y, recordando las palabras del avisado Barry, nos dirigimos hacia allí.

Yo me encontraba algo extraño con la pistola en la mano. Me había sucedido lo

mismo cuando empuñara la de Archie amenazando a los dos hombres que habían aparecido en el apartamento de Sue. Después de todo, hacía años que no tocaba un arma.

Escuché a través de la puerta. Oí ruido de cristal, y supuse que quien fuese el que estuviese allí, estaría bebiendo o llenando el vaso en aquellos momentos.

Abrí la puerta con rapidez.

Estaba allí.

Llevaba un brazo enyesado, en efecto; con la mano sana escanciaba bebida en un vaso. Se quedó inmóvil, con la botella en alto, dejando que la bebida desbordase el vaso mientras sus ojos permanecían fijos en la pistola que le apuntaba a la cabeza.

—¿Guy Stromberg? —pregunté pese a que estaba seguro de ello.

—¿Quién es usted?

Sonreí.

—Un asesino.

El hombre palideció.

—¿De veras no me recuerda, Stromberg? Usted tiene el brazo hecho polvo gracias a mis conocimientos de jiu-jitsu. Anoche, en Hampshire House... ¿Recuerda?

—¿Qué quiere?

Señalé la botella.

—En primer lugar, un trago. Mientras bebemos, podemos charlar.

—¿Dónde está Stratford?

—Si se refiere al tipo que me abrió la puerta, creo que duerme.

—Comprendo —miró mi pistola—. Muy bien, beba.

—Muy bien, Stromberg —dije después del primer trago—. Estamos solos; nadie nos va a oír ni a molestar. Sé que tiene un billete para no sé qué sitio de las Hawaii; su avión sale mañana a las doce treinta, de acuerdo a los horarios de la *Trans-Pacific Airlines*. ¿Le gustaría poder tomar ese avión?

—Seguro.

—Es usted inteligente. Yo le haré unas cuantas preguntas. Usted puede contestármelas o no, según su humor. Pero recuerde que su viaje depende de sus contestaciones. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—¿Contestará?

—Pregunte y veremos.

—Bien. Anoche, usted y otro hombre estaban en Hampshire House, al pie de una ventana. Debo suponer que me esperaban a mí. ¿Es o no es cierto?

—Es cierto. Usted sabe pelear.

—Gracias. ¿Por qué me esperaban?

—Había cinco mil dólares para cada uno por hacer eso.

—¿Eso? ¿El qué?

—Uno de nosotros tenía que subir por aquella enredadera hasta una ventana que

nos indicaron, y descender inmediatamente.

—¿Qué vieron por la ventana?

—Nada. Subí yo. No vi nada. Además, mi trabajo consistía únicamente en subir por la trepadera y volver a bajar. Sólo eso... de momento.

—Bien. ¿Y luego?

Stromberg se echó un trago al colete.

—Luego, debíamos permanecer a la expectativa hasta que ocurriese una de las dos cosas que nos dijeron. La más probable, era una señal convenida y que quería decir que nos alejásemos. Otro compañero nos esperaba en un coche y, desde allí, teníamos que ir a su apartamento a dejar un papel medio quemado en un sitio visible. La cosa se debía hacer de tal manera que pareciese que se había intentado robarle y que, el papel, aparecía allí despreciado.

—Comprendo. ¿Cuál era la otra cosa que podía ocurrir?

—Que usted se descolgase por la trepadera. Pero usted no sólo se descolgó, sino que antes subió por ella. Eso nos desconcertó, aunque sólo durante el tiempo que usted invirtió en descender. Teníamos órdenes de atacarle si usted descendía por la planta trepadora y, una vez vencido —yo sonreí irónicamente—, llamar a los de la casa y decirles que pasábamos por allí y vimos a un tipo que suponíamos era un ladrón. Sólo eso.

—Stromberg, ¿sabe que en aquella casa se cometió un crimen, un asesinato?

—Ahora, sí, lo sé.

—¿Por eso tomó pasaje para un avión de la *Trans-Pacific Airlines*?

—Justo, por eso. No me gustan los asuntos en que aparece sangre. No quisiera que la policía me fichase.

Quedé verdaderamente asombrado.

—¿Quiere decir que no está fichado... todavía?

—No, no lo estoy.

Tuve una sorpresa.

—¿Y los dos compañeros suyos... lo estaban?

—Tampoco.

—Es natural. Quien les contrató no quería individuos que despertasen sospechas. ¿Quién les contrató, Stromberg?

Comprendí que no quería hablar, y, de momento, no me interesaba «persuadirle».

—No me diga eso si no quiere —condescendí—. Hay cosas que podré adivinarlas por mí mismo.

Se encogió de hombros. Lo miré con irónica crueldad; sabía que le haría hablar en cuanto quisiese. Es muy difícil que un pandillero se muestre excesivamente fiel a nadie si eso le va a costar no poder huir, que le rompan de nuevo el brazo, y ser fichado y enchironado.

Además, el tipo aquel había matado a Charles Trytell, el notario de tía Carolina.

Mientras continuaba bebiendo el *whisky* a pequeños sorbitos, me dediqué a

pensar. Era obvio que quien había planeado aquello me conocía bien, incluso en lo que tocaba a mi mentalidad, a mi modo de reaccionar ante determinadas circunstancias. Me conocía hasta el extremo de haber tenido en cuenta la probabilidad de que yo me largase por la ventana después de descubrir el cadáver de tía Carolina, huyendo de cualquier posible complicación o acusación.

—¿Sabes, Sue? —Sonreí—. Se me ha tendido la trampa más bien montada de cuantas he oído hablar. Y este hombre formó parte de ella. Era una pieza pequeña, pero, como hasta la más insignificante de las piezas de cualquier mecanismo, necesaria.

Stromberg se sirvió *whisky* de nuevo.

No parecía muy tranquilo.

—Sue, cariño, coge ese teléfono y llama al LAM 1866.

Segundos después, y tras mi requerimiento, Archie se ponía en contacto conmigo desde el apartamento de Nora Owens, lugar al que calculé que ya habría llegado.

—¿Qué tal Archie?

—Bien.

—¿Alguna pista?

—¿Pista? Es posible. De momento estamos tomando huellas, y tenemos la casi seguridad de que los dos hombres que hemos recogido en el apartamento de Sue Gaskell son los que han asesinado a Nora Owens.

—¿Qué hay de Charles Trytell?

—He enviado allí unos cuantos hombres. Yo no puedo estar en más de un sitio a la vez. ¿Dónde estás, Conan?

—En Acapulco —reí—. Vacaciones, ¿sabes?

—Vacaciones..., ¿con qué motivo? Las vacaciones sólo podemos disfrutarlas los que trabajamos.

—Tu sarcasmo me hiere profundamente, Archie.

—Eres un tipo indecente desvergonzado, Conan. ¡Y pensar que un tipo como tú va a heredar un puñado de millones...!

—Te convidaré cada fin de semana a helado de fresa. También podrás traer a tu mujer y a los chicos. ¿De modo que ya estáis convencidos de que no he sido yo el asesino?

—Estoy hablando particularmente, Conan. ¿Tienes ahí a la chica, supongo?

—¿A la enfermerita? Seguro. Pero por propia voluntad, Archie. ¿Te parece que te lo diga ella misma?

—No, no; te creo. Hace tiempo que comprobé que en la cabeza de la mujer cabe todo menos el sentido común.

—No exageres. Y ahora, en serio, Archie: ¿Cuántas huellas de pies encontrasteis en la trepadera que lleva a la ventana de la habitación de tía Carolina?

—Dos hombres subieron y bajaron por ella. O quizá dos veces el mismo hombre.

—Fueron dos hombres. Uno de ellos, yo; el otro es un tipo que todavía no tenéis

fichado y que está ahora bajo el punto de mira de mi pistola. No, no puedo decirte su nombre ni dónde estamos. Si el tipo me ayuda pienso dejarle escapar. Al fin y al cabo su participación fue mínima y muy poco delictiva.

A partir de este momento lo vigilé con más atención.

Archie estaba diciendo:

—Tú no eres quién para juzgar lo que haya de delictivo en nada, Conan. Eres un desaprensivo...

—Estás cargando mucho la nota, Archie, escúchame tú a mí y no me interrumpas a menos que no entiendas lo que te diga. Escúchame bien: mataron a tía Carolina e inmediatamente me tendieron la trampa. Mi amigo el telépata, ¿recuerdas? Me llamó a mi apartamento para decirme que tía Carolina había muerto. Broma o no, decidí ir a Hampshire House. El plan consistía en que yo entraría por la puerta con la llave que tía Carolina me dio hace ya tiempo.

»Eran más de las tres y media cuándo llegué a Hampshire House. A esa hora, y teniendo en cuenta que yo poseía una llave, se daba por seguro que no despertaría a nadie para entrar. Lo lógico era que me limitaría a subir a la habitación de tía Carolina, para verla, para convencerme de si había sido o no una broma.

»Cuando saliese de la habitación, naturalmente, pondría a todo el mundo en movimiento tras haber hallado muerta a tía Carolina. Pero en el acto surgiría una pregunta: ¿Qué hacía yo allí, a aquellas horas y circunstancias? Cuando vieses muerta a tía Carolina, todos recordarían mis palabras respecto a que la iba a matar a distancia para heredar...

—Ésas son tus bromas, tu estúpido sentido de humor, Conan.

—Está bien, vete al diablo. Una vez descubierto el cadáver, las sospechas recaerían sobre mí. Yo podría alegar que tía Carolina ya estaba muerta cuando llegué, ya la enfermera Sue Gaskell podría afirmar que, en efecto, tía Carolina llevaba más de una hora muerta. Pero las cosas se me pondrían difíciles cuando se echase de menos el borrador del testamento por el cual se me desheredaba. Una visita de la policía a mi apartamento, posiblemente sugerida por alguien con habilidad, daría como resultado el hallazgo de este testamento, medio quemado. Luego, aparecerían las huellas en la enredadera y no parecería demasiado descabellada la suposición de que yo había matado a tía Carolina hacía ya rato, que volví a mi apartamento para quemar el testamento, y que regresé de nuevo a Hampshire House para prepararme una coartada. Para reforzar esa sospecha, un hombre subió y descendió por la trepadora, ya que no se les ocurrió que yo pudiese entrar en la casa por ese camino. Por eso, Archie, había huellas de dos hombres. En mis zapatos, si los planes del asesino hubieran salido bien, o sea, si yo hubiese entrado por la puerta no hubiesen aparecido señales ni manchas verdes de la trepadora, pero eso, precisamente, hubiese reforzado las sospechas de que yo había vuelto a mi apartamento, quise o creí quemar el testamento y me cambié de zapatos deshaciéndome de los sucios por el verde de la trepadora. Luego, como más pruebas contra mí, estaba el libro, el testimonio de

Perry, cuyas palabras respecto a mis intenciones de matar telepáticamente a tía Carolina, serían corroboradas por aquéllos a quienes se las repitió. También estaba el hecho de que yo hubiese llegado aquella noche a Hampshire House con las intenciones de pedir a tía Carolina un nuevo coche —esto saldría a la luz en cuanto apareciese Nora Owens, contratada al efecto hacía días para este papel y para mantenerme alejado el máximo posible de tía Carolina, y mostrase el collar, con el que ella supondría que yo intentaba desagradar a la del accidente de coche y reanudar nuestras relaciones—; pero tía Carolina ni siquiera quiso recibirme aquella noche, lógicamente disgustada por mi abandono en aquellos días en que se hallaba peor de salud. Esta negativa a recibirme justificaría una irritación mía, que podría llevarme hasta el asesinato para disfrutar de una vez ya el dinero de ella.

—¡Diablos, Conan! ¿Por qué no escribes novelas?

—Quizá algún día. ¿No te ha convencido mi explicación?

—Me reservo la respuesta. ¿Sabes ya quién es el asesino? Vamos, me imagino que un tipo tan inteligente como tú...

—Lo sé —corté su ironía; me lo imaginé con la boca abierta—, pero quiero asegurarme bien.

—Escucha, Conan, amigo...

Yo me reí. Ahora era su amigo, ¿eh? Así se lo dije, burlón.

Pero sus palabras me dejaron helado:

—Escucha, estúpido: ¿Cuándo crees tú que un asesino considerará que ha llegado el momento de confiarse y comenzará a cometer fallos?

—No..., no te entiendo...

—No me entiendes, ¿eh? Imagínate que tú no te hubieses escapado, que te tuviésemos atrapado, que se te juzgase y condenase. ¿Cuánto crees tú que el verdadero asesino tardaría en dar señales de vida?

—Depende de lo inteligente que fuese. Además, si yo ya estaba frito, ¿qué me podía importar...?

—Conan: ¿Has oído hablar de las ejecuciones simuladas?

—¿Quieres decir que se diría que yo había sido ejecutado y que no sería cierto, sino una trampa esperando un fallo del asesino?

—¡Oh, Conan, qué clarividencia...!

—Eso no es legal, Archie.

—No me hagas reír. ¿Qué sabes tú de estas cosas? Además, ¿puedes decirme qué clase de legalidad debe emplearse con un asesino?

—En nuestro país...

—¡Vete al infierno! ¿Quién es nuestro hombre, Archie? Sabes que más pronto o más tarde caerá en nuestras manos...

—Seguro —mi voz se endureció—, pero antes quiero que pase por las mías...

Oí el grito de Sue al mismo tiempo que me estaba preguntando qué significaba el brillo en los ojos de Guy Stromberg.

—¡Conan, cuid...!

El disparo retumbó en la sórdida habitación, ahogando el resto de las palabras. Yo me había vuelto hacia la puerta, disparando dos veces.

Pero ya no había nadie allí, y, en cambio, el hombre del cual sólo había visto una hombrera de su chaqueta, me había acertado con su balazo en un hombro desarmándome apenas apretado el gatillo.

Stromberg estaba consiguiendo sacar de su funda sobaquera la pistola que yo había sospechado debía tener. No le había resultado muy fácil, ya que tenía que sacar de bajo el sobaco izquierdo la pistola, empleando la mano izquierda.

No le di tiempo a terminar el movimiento. Mi pie derecho golpeó ferozmente su enyesado brazo. Le vi palidecer al instante, estremecerse; abrió la boca, pero ni siquiera podía gritar. Un puñetazo sobre el corazón pareció cortar los nervios de sus piernas, porque cayó redondo, sin haber conseguido ni suspirar.

Oí ruidos de pies, y me tiré al suelo en busca de la pistola que me alquilara por quinientos dólares el huraño Barry. Cuando me volví con ella en la mano, vi al hombre que había entrado. Al principio, debió hacerlo con la furia, siempre fácil de evitar, de un mastodonte cegato, pero giró rápidamente la vista por la pieza y me vio.

Un poco tarde para él.

Sue chilló cuando vio llenarse de sangre la cara del mastodonte. Éste también chilló, mientras era lanzado hacia atrás por un segundo balazo que le acertó en el pecho. Giró, con el impulso, y se dio de cara contra el filo de la puerta. Pero estaba tan muerto ya, que pareció un enorme muñeco desarticulado.

Sue acudió a mi lado. Estaba temblando tanto que ni siquiera podía hablar. Por más que eso era innecesario y, desde luego, hubiese resultado contraproducente.

Le señalé un mugriento sillón, pero tuve que empujarla para que se separase de mi lado y fuese a refugiarse tras el mueble.

Yo no perdía de vista la puerta. Podía aparecer alguien por allí y no quería que fuese inesperadamente para mí. Sabía que, por lo menos, había otro hombre en el pasillo, ya que el que yo había matado no era el que me había abierto la puerta de la sala de billares.

De pronto, la luz se apagó.

Y oí la voz metálica de mi amigo telépata:

—Es inútil, Stewarts. Salga de ahí. Salga o también la muchacha pagará las consecuencias de su negativa.

—¿Qué hace usted en esta sala de billares llamada *Niágara*? —pregunté—. ¿Acaso ya no le interesa el millón de dólares?

El telépata se rió. Hablaba desde el otro lado del pasillo, y me pregunté si no lo hacía para distraerme mientras otro hombre entraba en el cuarto sigilosamente, y, guiado por mi voz, me achicharraba a balazos.

—Me interesa —dijo el hombre—, pero me temo que tendré que conseguirlo de otra forma.

—¿Ya no le interesa que me culpen de asesinato, a fin de que no pueda heredar?

El telépata volvió a reír.

—Es usted inteligente. Ciertamente, eso es lo que se pretendía, pero ya que parece difícil, le mataremos. Usted se lo ha buscado.

—Claro —ironicé.

Mientras hablábamos, yo me había estado descalzando, con una sola mano, para lo cual había tenido que dejar la pistola en el suelo; ya descalzo, recogí la pistola y me la introduje en los pantalones. El brazo me dolió horrores cuando comencé a caminar, pero tuve que aguantarme. De pasada, cogí la silla en la que había estado sentado Guy Stromberg.

Me dije que si cometía un solo fallo de memoria, estaba listo. Mi plan era acercarme a la puerta y colocar la silla cerca de ella, de modo que si alguien entraba no podría evitar hacer ruido al tropezar con ella.

Descalzo, conseguí llegar hasta allí sin hacer el más leve ruido. Lo difícil sería hacerlo al dejar la silla en el sitio. Comencé a sudar, mientras el telépata continuaba hablando. Me dije que quizá, mientras yo estaba colocando la silla, un hombre estaba a menos de tres pulgadas de mí, caminando sigilosamente.

Me estremecí.

—... No puedo negar que es usted hombre de suerte, Stewarts —continuaba diciendo la voz metálica—. Quisimos cargarle el asesinato de su tía y se escapó. Eso hubiese favorecido nuestros planes de no haberse quedado tanto tiempo en el apartamento de aquella estúpida enfermera. El plan era que usted fuese a ver a Nora Owens con el pretexto de tratar de nuestro asunto. Ya sabe: lo del millón. Usted la hubiese encontrado muerta, y, mientras, mis hombres hubiesen matado a Sue Gaskell. La policía hubiese hallado huellas tuyas en los dos sitios. Más compromisos para usted, Stewarts. ¿Me oye, Stewarts? ¡Stewarts!

Un par de gotas de sudor resbalaron por mi mejilla, y de allí cayeron al suelo. No podía hablar en aquel momento, pues hubiese delatado mi posición cerca de la puerta...

De pronto, noté que la silla se inmovilizaba. Aparté la mano de ella, y no se oyó ningún ruido.

—¡Stewarts!

Me incorporé y corrí silenciosamente hacia el fondo de la pieza.

—No grite tanto —gruñí—. Le escucho. Muy interesante.

—No intente nada, Stewarts.

—¿Acaso piensa matarme?

Volvió a reír.

—Ahora ya sí. Al principio, no. Lo interesante era quitarlo a usted de un modo legal, y mis hombres tenían órdenes de no matarlo. Pero con la muerte de uno de ellos, al estrellarse desde una ventana, y la detención del otro, las cosas han cambiado.

—Comprendo. ¿De veras es usted telépata?

—Sabe perfectamente que no —rió el hombre—. Pero no debe asombrarse que lo llamase a todos los sitios en que estuviese, Stewarts. Cada uno de nosotros tenía un trabajo. El mío era desconcertarle, aturdirle, seguirle a todas partes e ir acumulando prueba tras prueba contra usted. El asesinato de Nora Owens, que trabajaba para nosotros, y luego el intento contra Sue Gaskell; anteriormente, la llamada telefónica a la Brigada donde estuvo detenido. Siempre tenía un pretexto u otro para llamarle, asegurarme de que usted estaba en el sitio exacto al que yo le había seguido.

—¿Incluso en la habitación de tía Carolina?

—Aquél fue el más fácil —rió el hombre—. Por supuesto que yo conocía el número privado de su querida tía. Ella descubrió una cosa que no me interesaba, y...

—Antes habló de «nosotros». ¿Quién le ayudaba a usted? ¿Trytell?

—Acertó. Es usted un chico listo, Stewarts. Trytell y Nora Owens fueron aliados en un principio, pero cumplida ya su misión resultaba que sabían demasiadas cosas... Sí, es usted muy listo, muchacho. Lástima que tenga que morir ahora...

—Pero usted no escapará. La policía viene ya hacia aquí.

—¿De veras?

—Escuche: dejé el teléfono descolgado cuando entró su hombre a dispararme por la espalda. Estaba hablando con Archie Mac Rae, teniente de la 21. El auricular quedó descolgado, mencioné la sala de billares *Niágara*...

Oí una imprecación.

Luego, el silencio.

Fui retrocediendo, en busca de Sue. Nos encontramos a mitad de camino, porque ella se acercaba a mí deslizándose sobre las manos y las rodillas.

—Conan... —susurró.

—Cálmate —la besé en los labios, que temblaban—. Volvamos junto al sillón. Archie no tardará en llegar.

—¿De verdad dejaste descolgado el teléfono?

—No me quedó más remedio —reí quedamente—, pues tenía que defenderme.

Nuestras voces eran tan tenues que para oírnos uno al otro hablábamos con los labios pegados al oído del otro.

Acaricié las mejillas de Sue y volví a besarla en los labios. Luego, noté su corazón palpitando aceleradamente.

—Archie no puede tardar...

De pronto, se armó un estrépito en la puerta. Instintivamente, disparé hacia allí las balas que me quedaban. Los cárdenos y finos fogonazos me mostraron a un hombre —que luego resultó ser el que nos había abierto la puerta de los billares— con las manos en el pecho, clavadas allí como garras. La silla estaba desplazada, y el hombre aparecía en una postura que me hizo comprender que estaba tambaleándose cuando disparé contra él.

Fue una visión fugacísima, semejante a una restallante pesadilla.

En seguida se hizo de nuevo la oscuridad. Oí el ruido del cuerpo al caer al suelo, precedido por el de la pistola que había estado empuñando.

—Muy bien, asesino —hablé—. Creo que ya no le queda ningún hombre más para enviar contra mí...

De pronto, recordé a Guy Stromberg. Podía recuperar el conocimiento de un momento a otro, y... recordé que llevaba una pistola. La que tenía yo en la mano estaba vacía. Me deslicé hasta que tropecé con el tendido cuerpo de Stromberg. Le saqué la pistola de la funda sobaquera y, con la culata, le golpeé en la frente, asegurándome de que dormiría otro buen rato.

Iba a regresar junto a Sue, cuando oí ruido en el pasillo. Pero no allí mismo, sino alejado. Tuve un presentimiento. Ya sin precauciones, aunque evitando el ruido en lo posible, salí al pasillo, justo en el momento en que la puerta del extremo de éste se abrió y una silueta se recortaba en la claridad que entraba por los grandes ventanales de la sala de billares.

¡Mi amigo telépata huía!

Él sabía que era inútil, porque yo había reconocido ya su voz y sabía quién era. Sería buscado por todo el Estado, por toda la Unión. Eso... en el supuesto de que lograra escapárseme.

Descalzo, corrí pasillo adelante, sin preocuparme de nada que no fuese la velocidad. Comprendí que el «telépata» no tenía armas...

Cuando abría la puerta que comunicaba aquel corredor con la sala de billares lo distinguí ya muy cerca de la puerta. No vacilé. Alcé la mano y disparé una sola vez.

Le vi girar sobre sí mismo y caer al suelo tras chocar contra una de las mesas de verde tapete. ¡El falso telépata iba a probar la dureza de mis manos! De mi mano, porque el brazo derecho me colgaba inerte.

Llegué junto a él y me incliné, para levantarlo. La patada me alcanzó donde él había calculado; tuve que encogerme, intentando aliviar el dolor que parecía atravesarme.

Mi enemigo se puso en pie; su rodilla izquierda me golpeó en la nariz, llenándome de lágrimas los ojos, y lanzándome hacia atrás, hasta que una mesa me detuvo al golpear mis riñones en ella.

—¡Mal..., maldito...!

Se echaba sobre mí enarbolando un taco que debía haber quedado olvidado sobre la mesa de billar; lo manejaba con la mano izquierda, y comprendí que, como yo, estaba herido en algún punto del brazo derecho.

Sonreí maliciosamente, en la oscuridad a rectángulos de la sala.

Estábamos en las mismas condiciones.

Los dos heridos. Él empuñaba un palo, pero yo podía enseñarle algunas cosillas...

La primera fue el modo de esquivar el golpe. El taco se quebró contra el borde de la mesa, astillándose.

La segunda cosa que le enseñé a mi amigo telépata, fue que debió protegerse los

ojos para atacarme; uno de mis dedos había entrado en su ojo derecho.

Lanzó tal grito de dolor, que me dije que era más que suficiente para que la policía se sintiese atraída hacia la sala de billares *Niágara*. Pero cuando llegase, encontraría al hombre despedazado. Ya les he dicho varias veces que yo quería, de verdad, a tía Carolina.

El siguiente golpe se lo di en el puente de la nariz, casi al tiempo que mi rodilla derecha subía brutalmente, golpeándole donde lo hiciera él antes conmigo. No sabía una palabra de lucha, el hombre.

Comencé a reír. Ni me importó su edad, ni su desventaja.

Me separé de él, le agarré la mano sana y la atraje hacia mí, al tiempo que mi pie derecho segaba sus tobillos; cayó al suelo, siempre con su mano agarrada por la mía. Cuando quiso levantarse, le solté la mano. Quedó vacilante, incorporado a medias.

Un puntapié en la boca lo envió de cabeza contra una de las gruesas patas de una mesa de billar, justamente en el momento en que, fuera, oía el frenazo de un par de coches.

Mi enemigo no reaccionó, y cuando Archie entró corriendo, seguido de unos cuantos policías uniformados y otros de paisano, yo me volví para recoger contra mi pecho a Sue.

Archie levantó la cabeza de mi enemigo.

Y preguntó, después de verle las facciones:

—¿De verdad sabías que el asesino de tía Carolina era Gordon Shepard, su médico?

* * *

Amanecía cuando conseguí que todos estuviésemos reunidos en la biblioteca de Hampshire House. Yo llevaba ya el brazo debidamente atendido, colgando de un pañuelo anudado al cuello. Sue estaba a mi lado, un poco pálida, con uno de sus brazos rodeando mi cintura.

Perry estaba cerca de la puerta, en el interior de la biblioteca, de pie, serio y circunspecto.

Sentados en sillones y en el sofá estaban Archie, un compañero suyo, y Leo, el hijo varón de tía Elizabeth. Ésta y Sylvia, su despechugada hija, estaban muy juntas en el sofá. La mayor, muy pálida.

Aquellas siete personas estaban esperando que yo hablase.

Y comencé así:

—Tía Carolina estaba ciertamente disgustada conmigo, pues Nora conseguía retenerme junto a ella varios días seguidos. El disgusto de tía Carolina quizá influyese en su empeoramiento, pero Gordon Shepard, médico, fue quien contribuyó de veras, administrándole pequeñísimas dosis de arsénico, que producían en la enferma dolores y trastornos. Tía Carolina llegó a encontrarse verdaderamente mal, y

¿cómo mejorar si el único hombre que podía hacer algo por ella, su médico, era quien la estaba envenenando poco a poco? El mismo día en que llegó aquí tía Elizabeth, Shepard había administrado una dosis mayor a tía Carolina, hasta el punto de que ésta creyó morir. Tía Elizabeth, siempre egoísta, pensó aprovecharse de la situación, y de la circunstancia de que tía Carolina, en aquellos momentos, pusiese de relieve su disgusto por mi ausencia.

»Por la noche, Shepard apareció acompañado de Trytell, el notario. Ofrecieron para la firma, a tía Carolina, un nuevo testamento, redactado por ellos... con la colaboración de tía Elizabeth. El testamento aseguraba a los dos hombres una percepción de medio millón de dólares para cada uno. Buen bocado.

»Pero tía Carolina había descubierto —¿no es verdad Perry?— que su médico, Angus Shepard, era un individuo ambicioso hasta el punto de que, en cierto lugar de la San Francisco Street, atendía profesionalmente a gente fuera de la ley, que no les interesaba, naturalmente, acudir a organismos que tendrían que dar cuenta de su herida. La desconfianza de tía Carolina hacia cualquier cosa en la que interviniese un desaprensivo como Shepard, se manifestó cuando dijo que estudiaría el testamento y que, a la mañana siguiente, daría su respuesta. Le insistieron, sin piedad alguna, de que no siempre se puede contar con el mañana y que convendría que firmase el documento por sí... Bueno, por si moría. De no ser así, por la mañana se rectificarían las cláusulas que ella quisiese. Tía Carolina se negó a firmar, y, por eso, el borrador del testamento que apareció en mi apartamento tenía quemada precisamente la parte en que hubiese podido ir la firma, pero respetando en su mayor parte el contenido que evidenciaba a todas luces que me desheredaba en favor de tía Elizabeth, sus hijos, Trytell y Shepard.

»Llegados a esta solución de la ausencia de firma de tía Carolina, y convencidos de que nadie iba a dudar de la palabra de su notario, de su cuñada y de su médico de que aquel borrador había sido firmado ante sus ojos, anulando cualquier otro anterior, aquella misma noche, Shepard hizo un lavado de estómago a tía Carolina, pero sin conseguir borrar totalmente la presencia del arsénico dosificado. ¿No es cierto, Archie? Y eso es lo que vio Sue, y, por lo cual, tenía que ser asesinada en previsión a que pudiese algún día atarse algún cabo suelto con sus palabras respecto al lavado.

»Inmediatamente del lavado de estómago, Shepard inyectó a tía Carolina tal dosis de calmante que le aseguraba el sueño para toda la noche, máxime teniendo ya libre de molestias del arsénico su estómago. Así preparada, tía Carolina estaba lista para ser estrangulada. La persona que lo hizo, la encontró dormida; tiró por la ventana el testamento, a fin de que se colocase en mi apartamento, y luego estranguló a tía Carolina...

—¡No...!

Me volví.

—¿Por qué no, tía Liz?

—Ella... estaba muerta ya...

—Muerta..., ¿cuándo?

—Cuando..., cuando...

—¿Cuándo entraste a estrangularla, tía Liz? ¡Qué plan tan bien trazado! Rompiste el collar de perlas junto al sillón de ruedas. Le diste la vuelta a tía Carolina, hasta que su cuello quedó cerca de la columnilla del dosel: ataste a esa columnilla un extremo de la tira de cuero, rodeaste la garganta de tía Carolina y, con una sola mano, pudiste estrangularla, tirando con fuerza, sin prisas...

—¡No, no...! ¡Estaba muerta ya...! El..., él me dijo que..., que sería una pista falsa...

—¿Él? ¿Te refieres a Shepard? ¡Qué ingenua fuiste, querida tía Liz! Shepard debió decirte que tía Carolina moriría a efectos de la inyección, que no era sino un poderoso calmante, pero que, para que se pensase que había sido estrangulada, convenía hacer las cosas bien. De esta forma, cuando apareciese la policía, no sospecharía que él la había envenenado, y, al ver el cuadro, de la última persona que sospecharía, sería de ti, con un brazo descoyuntado e incapaz de apretar el cuero de aquella manera brutal... Los dos libros de posibles sospechas. Pero la policía suele hacer la autopsia. Tía Liz: ¡tú asesinaste a tía Carolina!

—¡No! Ya estaba muerta... ya estaba...

—Shepard te engañó, Cuando te dijo que estrangularías un cadáver ya, te tendió la trampa que para siempre te ataría a él. Carolina no estaba muerta, sino dormida con la droga que le inyectó Shepard.

Excepto tía Elizabeth y yo, que nos movíamos y hablábamos, el resto de los presentes parecían componer un pequeño museo de figuras de cera, por lo pálidos e inmóviles.

—¡Ya estaba muerta, ya estaba muerta...! —Chillaba tía Liz—. Y... y el dinero..., ¡el dinero era para mí, para mis hijos...!

Leo se levantó. Parecía un cadáver.

—Mamá —musitó—. Dios mío, mamá..., ¿por qué...?

Elizabeth Hampshire boqueaba angustiosamente, como si le faltase aire. Llegó hasta el bar. De pronto, sus piernas se doblaron, y cayó flácidamente al suelo.

Archie fue el más rápido de todos. Se arrodilló junto a ella, tomándole una muñeca. Todos permanecemos tensos, esperando.

—Ha muerto.

Algo helado recorrió la biblioteca. Leo y Sylvia, los dos en pie ahora, miraban a su madre desde sus sitios. Estaban totalmente incapacitados para moverse, para reaccionar.

Sue sí se había movido. Tras mirar los ojos de tía Liz, dijo:

—Creo que ha sido un síncope.

—Fue demasiado para ella —murmuró de pronto, Leo—. Ya hacía tiempo que tenía una lesión en el corazón...

De pronto, Leo se echó a llorar. Él y su hermana corrieron junto al cadáver de tía

Elizabeth. Era un espectáculo triste.

Archie y su compañero recogieron sus sombreros. Estaban francamente impresionados.

Archie me tendió la mano. Yo le di la izquierda. Él dijo:

—Veo que hice bien en escucharte y venir aquí. Conan. Una vez más, como en Corea, como en otras ocasiones en que nos hemos tenido que unir para algo, has demostrado que sabes pensar... Sólo que... Bueno, no creo que esta vez te guste que te felicite.

—No, Archie, esta vez, desde luego, no.

Los acompañé hasta la puerta.

Cuando se fueron, suspiré, desalentado. Las cosas no tendrían que ocurrir así... ¿o estaba mejor dicho que estas cosas no tendrían que ocurrir?

Aquella tarde, mientras los primeros puñados de tierra caían sobre el féretro de mi querida tía Carolina, Leo y Sylvia, en coche especial, partían hacia su casa llevando el cadáver de su madre.

Deprimente.

PUNTO FINAL

Tres meses y medio más tarde, después de tres de ir de un lado a otro en viaje de luna de miel, Sue y yo decidimos regresar a Hampshire House.

Pensado y hecho.

Cuando la grava del caminillo que unía la verja de entrada al jardín con la escalinata de la mansión, crujió bajo las ruedas del coche que Perry había enviado a buscarnos al aeropuerto, yo suspiré.

Pese a todo, echaría de menos a tía Carolina.

Perry bajó la escalinata y nos abrió la puerta del coche.

—Bien venidos a casa, señor.

—Gracias, Perry. ¿Todo bien?

—Sí, señor —se volvió hacia Sue, sonriendo—. Espero que sea feliz, señora. Cuando lo considere oportuno, y para que todo esté a su gusto, reuniré a la servidumbre para que les dé las instrucciones que considere oportunas...

—Cierra el pico, Perry —gruñí, haciendo el hampón—. Mi esposa va a tener cosas más importantes de qué ocuparse que andar por ahí fisgando lo que hacéis vosotros.

—¿De veras, señor? ¿Alguna ocupación social que...?

—¡Bah!

Sue sonrió.

—Conan sostiene que la obligación de una mujer es dedicarse por entero al marido, y que lo demás son pequeñeces a las que no debe hacer caso.

—Seguramente tiene razón, señora.

—¿Qué duda cabe? —Lancé una carcajada—. Pero quiero pedirte un favor, Perry.

—Diga, señor.

—Si alguna vez mi esposa se queda viuda... no la persigas por el jardín para besarla. ¿De acuerdo?

Perry se sonrojó, y Sue y yo, riendo, ascendimos la escalinata.

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...